

ANTOLOGÍA DE CUENTOS DE MUJERES QUE INCOMODAN

SINIESTRAS



POR ESPECULATIVASMX

ANTOLOGÍA DE CUENTOS DE MUJERES QUE INCOMODAN

SINIESTRAS

ANTOLOGÍA DE CUENTOS DE MUJERES QUE INCOMODAN

SINIESTRAS



Coordinadoras: Ana Laura Corga, Mayra Escamilla y Ángeles Sanlópez

Cuidado editorial: Andrea González Cruz

Maquetación: David Cruz Galicia

Revisión de maquetación: Rosa Lizbeth Solano

Diseño de la cubierta: Daniela Ladancé

Siniestras. Antología de cuentos de mujeres que incomodan.

Especulativas

Primera edición: julio de 2022

© De la edición: Ana Laura Cortés Gaitán, Rosa Mayra Escamilla Vázquez y María de los Ángeles Sánchez López, 2022

© De las ilustraciones: Daniela Ladancé, 2022

© De los textos, sus autoras, 2022

Especulativas. Colectiva dedicada a la difusión de narradoras en los géneros de fantasía, terror y ciencia ficción.

www.especulativas.com

especulativasmx@gmail.com



Algunos derechos reservados. Este libro está editado bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional](#). Usted es libre de compartir, copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato, pero debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. No puede hacer uso de esta obra con propósitos comerciales, ni remezclar, transformar o crear obras derivadas, ni distribuir el material modificado.

ANTOLOGÍA DE CUENTOS DE MUJERES QUE INCOMODAN

SIN VESTRAS

Introducción	9
Prólogo	15
ANA GABRIELA MORALES RIOS	23
Coplas para volver a soñar	25
RUTH MIRACETI ROJAS	29
Menarquia	31
MARÍA AZUCENA ROBLEDO LARA	35
Diferentes perspectivas	37
CARMEN MACEDO ODILÓN	39
Oscura boca de lobo	41
ÁNGELES SANLÓPEZ	49
Ordalía	51
CLAUDIA SARAÍ FERNÁNDEZ LÓPEZ	59
María Engracia	61

SAM TORROM	65
2:37	67
YURI BAUTISTA	71
La madre sumergida	73
MIJAL MONTELONGO HUBERMAN	77
Despierta	79
BELEM ESLAVA	81
Recuerdo rojo	83
OLIVIA CARMONA HERNÁNDEZ	87
La extranjera	89
DANIELA CABALLERO	93
Lunes	95
ANDY RUIZ	99
Rojo sangre	101
ANA LAURA CORGA	103
Que alguien me ayude	105
MAYRA ESCAMILLA	109
Sonríó en la oscuridad	111
ANDREA MADRUEÑO	115
Santuario de luces	117
Colaboradoras	123

Introducción

Desde que conformamos la colectiva Especulativas en julio de 2020, hemos tenido como objetivo principal dar a conocer las obras de mujeres, de nuestras ancestras literarias y de las escritoras emergentes. Muchas mujeres se han sumado al proyecto, cada una a su manera. No tenemos cómo pagarles tanto cariño a lo largo de estos dos años.

Durante este tiempo hemos organizado círculos de lectura, talleres, cursos, talleres, conversatorios, entrevistas, presentaciones de libros y colaboraciones con otros espacios. Hemos convocado a antologías digitales, y somos parte del Comité de Matriarcadia que organiza Imaginarias, Premio Nacional para Mujeres Cuentistas de Ciencia Ficción 2022 (imaginariaspremio.com). No pensamos parar. Cada día despertamos con la convicción de que la literatura hecha por mujeres debe ser difundida y haremos lo posible para que así sea. Nos alegra ser un espacio de apoyo para las narrativas de las mujeres. Nos encanta tenerlas en nuestros espacios y compartir con todas ustedes experiencias y sentipensares.

Uno de los logros que más nos emociona en lo que llevamos de camino, ha sido la publicación de *Nosotras. Antología de cuentos de ciencia ficción feminista* (2021), nuestro primer libro digital y físico, en el que reunimos doce cuentos de mujeres que hablan sobre la sororidad, las luchas, los problemas sociales, las violencias, el amor, las resistencias, la ciencia y la tecnología. Con este primer libro descubrimos muchas cosas que nos han hecho sumergirnos en la gran labor del mundo editorial (se puede leer en www.especulativas.com).

Las voces que han encontrado cabida en nuestra página de internet son diversas y ricas en temáticas, contenido e imaginación. Por este motivo y por nuestra consigna de abrir espacios para más mujeres, decidimos hacer una nueva antología, esta vez con el terror y lo siniestro como temáticas principales. Se trata de dieciséis historias que incomodan, que despiertan nuestros imaginarios y que nos hacen reflexionar sobre nuestras vidas. Así surge *Siniestras*: una obra que busca difundir y evidenciar los miedos e intereses de las autoras para representarlos a través de lo insólito y lo extraño.

Durante muchos años se ha dicho que las historias de terror/horror/siniestro han sido escritas por hombres, los principales referentes que encontramos sobre estos géneros son mayoritariamente masculinos. En sus historias, cuando llegan a incluir personajes mujeres, éstas tienen una carga simbólica negativa, con una pasividad parsimoniosa o a las que se les ejerce una violencia desmedida, normalizando todo aquello que hoy nos es inaceptable.

En las últimas décadas se ha explorado la narrativa especulativa de mujeres latinoamericanas como algo novedoso y lo han llamado el «boom latinoamericano femenino». Nosotras, al igual que las autoras que se han incluido en este «boom», estamos en total desacuerdo. Históricamente encontramos autoras latinoamericanas que han escrito en el género y que en su momento no han tenido el reconocimiento debido, tal es el caso de Guadalupe Dueñas, Inés Arredondo, María Elena Llana, Amparo Dávila, Elena Garro, Adela Fernández, entre otras.

Hacer genealogía de nuestras ancestras, así como reconocernos en las historias de las escritoras contemporáneas desde nuestra perspectiva feminista, nos hace encontrarnos en sus narraciones, las cuales subvierten y hacen una crítica contundente a los arquetipos femeninos que contienen la mayoría de las historias escritas por hombres. Es así que contamos desde nuestras voces cuáles son nuestros miedos, preocupaciones, especulaciones y el terror que nos provocan los espacios que habitamos, lo inimaginable y los múltiples estereotipos que existen sobre nosotras.

En estas historias nos enunciamos como sujetas, le hacemos frente a la construcción de otredad en la que nos han encasillado a partir de la mirada masculina y nos presentamos libres, revelándonos como escritoras de un género en el que se nos ha excluido del canon. Así, en plena conciencia, estas dieciséis voces se encuentran en un solo lugar para compartirse con las personas lectoras que quieran acercarse a este libro.

Siniestras se erige como el producto de autoras que encontraron en *Especulativas* un espacio seguro para compartir sus obras.

La mayoría de los cuentos fueron publicados con anterioridad en nuestra página. La selección es tan solo una muestra de la narrativa no mimética que se está desarrollando en nuestro país; historias valiosísimas que queremos hacer llegar a las lectoras para que puedan reflejarse en estos espejos, en estos ojos con que las autoras ven el mundo.

Es importante decir que tras cada una de estas historias hay desvelos, cansancio, inseguridades, miedos y tiempo dedicado a crear fuera de las jornadas laborales que impone este sistema patriarcal-capitalista. Detrás de cada historia hay una autora que tiene algo que decir, que quiere dar un mensaje, que necesita expresarse. Y aquí y en el blog, nosotras estamos encantadas de poder difundir su obra.

Una vez más decidimos realizar la publicación de manera independiente, pues creemos que es la mejor forma de hacer frente a un sistema que es hostil con nosotras como creadoras de productos culturales. Nuestro objetivo principal es tener en nuestras manos una antología representativa del trabajo de mujeres que admiramos. Ver los nombres de todas y cada una de ellas en estas páginas es la mejor de las remuneraciones.

Enunciamos también, fuerte y claro, que no nos interesa tener tras nuestros nombres las frases «las escritoras que debes seguir» o «las jóvenes promesas de la literatura mexicana». No, no nos interesa ser validadas como creadoras desde la mirada hegemónica. Nosotras seguimos y seguiremos creando desde nuestro lugar violeta. A dos años de una pandemia que tomó al mundo por sorpresa y en un país en crisis, nosotras traemos estos cuentos para acompañarnos y abrir conversaciones que nos interesan.

Agradecemos a las autoras que componen esta antología: Ana Gabriela Morales Rios, Carmen Macedo Odilón, Yuri Bautista, Ruth Miraceti Rojas, Daniela Caballero, Belem Eslava, Sam Trrrom, Andrea Madrueño, María Azucena Robledo Lara, Olivia Carmona Hernández, Claudia Saraí Fernández López, Mijal Montelongo Huberman, Andy Ruiz, Ana Laura Corga, Mayra Escamilla y Ángeles Sanlópez. También agradecemos a Andrea González Cruz por acompañar amorosamente la edición y el cuidado de cada uno de los cuentos, así como por el prólogo que acompaña a este libro. La lectura cuidadosa de Rosa Lizbeth Solano, la creación de la identidad visual por parte de Daniela Ladancé, la asesoría editorial por parte de Angélica Mancilla. Y no queremos dejar de agradecer a las mujeres y hombres que nos sostienen con su compañía, colaboración, comprensión y amor para que sigamos construyendo este proyecto. Sin el apoyo de ustedes, esta antología no hubiera sido posible.

Para terminar, invitamos a todas las mujeres que quieran crear comunidad con nosotras a enviarnos sus textos y participar en las convocatorias que tenemos cada bimestre. Tengan la seguridad de que serán leídas desde el respeto, la empatía y la sororidad.

¡Nunca más un mundo sin nosotras!

Mayra Escamilla, Ángeles Sanlópez y Ana Laura Corga.
Julio de 2022.

Prólogo

Siniestras: Antología de cuentos de mujeres que incomodan es un nombre interesante para la segunda antología editada por Especulativas: no sólo define el género al que pertenecen los cuentos recabados, sino que posiciona a las autoras antologadas como elucubradoras de una experiencia de lectura que puede resumirse, según el famoso término psicoanalítico, como un encuentro con lo que le es ajeno al lector, tanto en el mundo como en sí mismo. Expresado de esta manera, lo siniestro es una experiencia que conecta a todas las personas: miedo, soledad y angustia son emociones con las que todos nos podemos identificar y que todos, todas, todos podemos entender.

Pero el título de la antología no es «Lo siniestro», es *Siniestras*. Y, si las mujeres han sido consideradas la otredad, el enfrentamiento con sus realidades, interiores y exteriores, sirve para revelar los temores más profundos de toda la sociedad, los cuales pueden ser tanto ellas mismas, sus cuerpos y sus emociones, como sus reacciones ante el abuso y la injusticia. Al leer cuentos de terror

escritos por mujeres podemos reconocer no sólo los miedos que a muchas nos acechan desde la infancia, sino también las preocupaciones ante un sistema que crea desigualdades e, incluso, el espanto ante la reacción hipotética de las sujetas vulneradas.

Ya que se trata de una antología feminista, *Siniestras* no sólo es una recopilación de escritura hecha por mujeres, sino que su público principal son las mujeres: a través de estas páginas, se puede descifrar qué es lo siniestro en estos cuentos, qué escritoras se posicionan a sí mismas como diseñadoras de una confrontación entre las lectoras y su otredad y qué otras relatan esta confrontación desde su propia experiencia. Ambas formas de concebir el terror son estéticamente valiosas y narrativamente potentes.

En la introducción de *Monster, She Wrote*, Lisa Kröger y Melanie R. Anderson nos explican: «¿Por qué las mujeres son grandiosas al escribir ficción de horror? Tal vez porque el horror es un género transgresor [...] y las mujeres son acusadas de ser transgresoras todo el tiempo...». La literatura de horror escrita por mujeres tiene grandes exponentes, que pueden rastrearse desde las contemporáneas Mariana Enriquez y Lola Ancira hasta la legendaria Mary Shelley, pasando por autoras como Shirley Jackson y Anne Rice. En México, Amparo Dávila y Guadalupe Dueñas son algunas de las escritoras de lo insólito de las que nunca se hablará lo suficiente.

Pero la literatura escrita no es la única forma en la que las mujeres difunden el terror: como se puede apreciar en varios de los cuentos de la antología, este género se nutre de las leyendas y la tradición oral en prácticamente todas las culturas, y con más razón en aquellas que fueron colonizadas. Por eso, no es

extraño que, en la actualidad, las mujeres estén luchando por reappropriarse y resignificar nombres que han sido usados para descalificarlas. Aún ahora, no es raro escuchar que se acuse de «básicas», por ejemplo, a las mujeres que intentan rescatar los conocimientos brujeriles de las ancestrales.

El horror es el territorio de las mujeres porque es una parte dolorosamente presente en la mayoría de sus experiencias de vida. Cualquier persona puede sentir miedo o angustia, pero, como lo descubrirán las lectoras de esta antología, las mujeres tienen que convivir con estas emociones prácticamente a cada paso y en cada rincón.

Leer esta colección desde una perspectiva política está justificado: mientras se edita esta colección de cuentos de terror, en México, los feminicidios saturan las noticias y las redes sociales; en España, las políticas que rodean a la menstruación levantan todo tipo de alegatas misóginas; en Estados Unidos, el derecho a la maternidad deseada está en debate. Las instituciones que deben proteger a las mujeres y a toda la población son ineficientes, y los sistemas educativos y la psicología tradicional no bastan para garantizar ni el bienestar ni la empatía.

Como escribía Danielle Binks para *The Guardian* por ahí del 2021, el horror cada vez se desliza más entre lo personal y lo político, entre lo real y lo surreal. No sólo la literatura es testimonio de esto: el cine es otro de los medios en los que las mujeres, los afroamericanos, los latinoamericanos y los creadores que colocan en el centro de sus narrativas a personajes de grupos no hegemónicos han podido crear desde el horror.

En este contexto, la escritura de las mujeres no es sólo un acto transgresor, como lo ha sido siempre: es una expresión de la conciencia colectiva. Puede ser un recurso terapéutico, en una época en la que la sensibilidad es una forma de rebeldía; puede ser una protesta y una declaración de resistencia, y también puede ser un ejercicio de creación intenso y divertido. Los cuentos de esta antología son resultado de las circunstancias sociales, de las tradiciones y de las necesidades que sus autoras y, estoy segura, muchas de sus lectoras comparten.

Junto con otras colectivas y comunidades dedicadas a la difusión de la literatura escrita por mujeres, Especulativas ha cumplido por dos años la tarea de proporcionar a las escritoras un espacio seguro y libre para que puedan desarrollarse en los géneros especulativos. Si bien estas grupos surgen como un acompañamiento urgente y natural ante el horror, la incertidumbre y la injusticia, no se puede dejar de reconocer el esfuerzo de las organizadoras por ayudar a las escritoras a expresar sus experiencias y sentipensares, a leer a otras y a seguir trabajando con la esperanza de que, para las próximas generaciones, la escritura de cuentos de horror sea puramente un ejercicio de especulación.

Como descubrirán las personas que lean esta antología (me dirijo en especial, pero no exclusivamente, a mujeres) las antologadoras no realizaron la selección de cuentos basadas en criterios como la edad, los lugares de residencia, los estudios, las posturas políticas ni ningún otro rasgo personal de las autoras. Si bien la plataforma no admite trabajos que desplieguen ningún tipo de misoginia, nunca se ha exigido que las escritoras envíen postulados

sobre sus concepciones ideológicas para poder participar en las convocatorias. Es por eso que me parece que este libro brinda una oportunidad de estudio única en la que se pueden conocer y analizar las visiones del mundo que cada cuentista ha vertido en su texto.

Leyendo las semblanzas de cada una de las escritoras antologadas se puede notar que hay quienes tienen una trayectoria sobresaliente y quienes recién empiezan su camino por la creación. Las cuentistas tienen una gran diversidad de intereses, que no están limitados a los ámbitos cercanos a la literatura, y la multiplicidad de estilos narrativos es prueba de las diferencias entre ellas. Empero, si todas han convergido en esta antología, es gracias a la profundidad de sus textos, y estoy segura de que haberlas elegido fue un proceso muy complicado, pues en cada antología digital, *Especulativas* publica autoras de gran talento.

Quiero agradecer a Ana Laura, a Ángeles y a Mayra por la oportunidad de permitirme no sólo hacer las presentes notas a la antología, sino también por encargarme la misión de editarla. Ha sido para mí un orgullo y un privilegio conocer estos cuentos a fondo y haber podido trabajar de cerca con estas dieciséis mujeres cuentistas.

Como editora de los textos y fanática del horror, puedo decir que es un placer descubrir cómo lo escriben las mujeres, y con ello no sólo me refiero a los temas que tocan, sino a la forma en la que usan la puntuación para crear suspense, las palabras para definir emociones y las imágenes poéticas para construir atmósferas terroríficas. Me gustaría clarificar que intenté modificar en la menor medida posible todos estos aspectos, tanto

en los textos como en las semblanzas de las cuentistas, pues son expresiones muy íntimas que vale la pena conocer con la mayor cercanía posible.

El proceso de revisión fue muy estimulante, aunque debo anotar que mi experiencia como lectora también significó el encuentro con temas que me han hecho sentir rebasada en varias etapas de mi vida. No son temas fáciles de abordar, ni en la literatura ni en la vida real, por lo que aprecié mucho el acompañamiento de las Especulativas y de las especulantes, y aproveché la lectura que realicé después de la edición no sólo para escribir este prólogo, sino para reflexionar sobre el impacto que estos cuentos tuvieron en mí misma.

A pesar de que conozco a muy pocas de estas autoras más allá de la virtualidad, sus cuentos renuevan mi ímpetu por trabajar con creativas desde la empatía y la sororidad. Leer cada una de sus semblanzas no sólo me hizo sentirme muy honrada de trabajar con ellas, sino que fortaleció mi ánimo para desarrollar mis proyectos personales y contarme entre las filas cada vez más largas de mujeres que admiro. Me pareció fascinante leer lo que cada una piensa sobre su propio cuento y las múltiples definiciones personales que estas escritoras establecen para el terror: toda una aportación valiosa para los estudios del género.

Antes de invitar a las lectoras a sumergirse en la lectura de *Siniestras*, quiero hacer la siguiente advertencia: en esta antología se tratan temas muy sensibles y dolorosos, como son la discriminación, la violencia hacia los animales, las violencias hacia las infancias, las maternidades vulneradas y los feminicidios, entre otros.

Aunque no encontrarán en este libro ningún ejercicio que haga apología de la violencia contra las mujeres, estos tópicos pueden generar fuertes emociones.

Con esta advertencia, no es mi afán desanimarlas de disfrutar la experiencia de esta lectura. De hecho, creo que muchas de ustedes también se sentirán dignificadas y acompañadas por las anécdotas y personajes, aunque no podrán (ni querrán) evitar las imágenes escabrosas. Así como hay muchas razones para escribir terror, también hay muchas razones para consumirlo, y abundan en el mundo las fanáticas del género. Las amantes de lo terrorífico no estarán decepcionadas, pues, más allá de su valor político y feminista, cada uno de estos textos es emocionante y poderoso. Continuando con la advertencia y a modo de un pequeño índice de lectura, hablaré brevemente de los cuentos y de sus temáticas. Agárrate, lectora, porque aquí vamos...

Si te gustan las narraciones orales, como leyendas y poesía, «Oscura boca del lobo» y «Coplas para volver a soñar» pueden ser tus cuentos favoritos. Es importante que sepas que ambos hablan sobre las infancias, por lo que debes tener un criterio sensible para leer estos cuentos de Carmen y de Ana Gabriela.

Claudia, Yuri y Sam exploran la maternidad desde el horror, y sus perspectivas te gustarán mucho si eres fan de la literatura mexicana («María Engracia»), si eres una lectora monstruosa («La madre sumergida») y si el horror cósmico es lo tuyo («2:37»).

Para las exploradoras del horror corporal hay tres sugerencias específicas: «Menarquia», de Ruth, las hará sentirse reivindicadas si de niñas (y de grandes) las repelían los «productos femeninos»;

«Rojo Sangre», de Andy Ruíz, es ideal para conectar con el lado vampírico de las admiradoras del horror sensual; «La extranjera», de Olivia, las hará sentirse ajenas a su propia piel.

Las amantes de los animales necesitan leer «Recuerdo rojo», de Belem, y las que no son tan fans de la fauna silvestre pueden disfrutar de «Diferentes perspectivas», de Azucena.

Ya que las preocupaciones humanas son las preocupaciones de las mujeres, «Sonrío en la oscuridad» y «Lunes», de Mayra y Daniela respectivamente, son textos que pondrán a las lectoras más punks a reflexionar sobre el sistema, y a las menos punks también.

«Despierta» y «Que alguien me ayude» son relatos de Ana Laura y de Mijal que, por experiencia, no recomiendo leer antes de dormir, a menos de que disfrutes pasar la noche con la luz encendida: ambas pesadillas te dejarán muy intransquila.

Por último, Ángeles y Andrea Madrueño te harán sentir acompañada en uno de los temores más vigentes y dolorosos para las mujeres, así que lee «Ordalía» y «Santuario de luces» con precaución.

Disfruta de los cuentos de esta antología sabiendo que fueron escritos, seleccionados, leídos y revisados por mujeres diversas y poderosas que se han unido para contar historias, para difundir la palabra escrita por mujeres, para intercambiar pesadillas con sentimientos tan profundos como la rabia y el amor. Es a través de la lectura y la escritura como podemos sembrar testimonios y cosechar fuerzas en los tiempos que exigen más de nosotras.

Andrea González Cruz
2022

Ana Gabriela Morales Rios

Nací en 1979 en Chihuahua, Chihuahua. Actualmente radico en la Ciudad de México, ciudad que adoro vivir, observar y caminar. Soy psicóloga y mi experiencia ha sido principalmente con mujeres, trabajando temas como adicciones y codependencia, entre otros. Escribo desde que tengo memoria, pero el interés por compartir mis textos nació en 2014 cuando participé con una minificción en el libro *¡Basta! Cien mujeres contra la violencia de género*, editado por la UAM. Algunos de mis escritos se han publicado en revistas y proyectos digitales e impresos como *Ek Chapat* (2019), *Estrépito* (2020), *Clan de letras* (Editorial Elementum 2020), *Penumbria* (Antologías 46 y 48 de 2019 y Antologías 52 y 53 de 2021), *Especulativas* (Antologías *Brujas y Vida o muerte* de 2020 y *Justicia* de 2021) y participé con un cuento en la *Antología del Concurso Internacional de Los Cuentacuentos* (2020).

«Coplas para volver a soñar» es un cuento que brotó desde la frustración. Habla del amor de nuestras ancestras, de sus conocimientos y de su intuición; del silencio heredado y de la deuda que tenemos con las infancias, porque no hemos sabido, hasta ahora, entregarles un mundo sin monstruos.

Redes sociales

Facebook: [@amo.rios.10](https://www.facebook.com/amo.rios.10)

ANA GABRIELA MORALES RIOS

Coplas para volver a soñar

Esta caperucita sabe que el lobo vive en su propia casa. No es un desconocido el que cada noche abre la puerta e irrumpre en la habitación de la pequeña Zazil. Una mano cruel, mano enorme, le tapa el grito y le cubre la carita. Pesadilla recurrente.

*La abuelita de Zazil tiene plantas que sanan,
hierbas y cantos con sus saberes se hilvanan.
Vecinos y viajantes la buscan de muy lejos,
que si mal de amores, que si son los huesos,
claman por la cura, le piden alivio:
«¡Ayúdame, bruja, llévate el resfrió!»*

La abuelita de Zazil invita a la pequeña a su casita en el monte para protegerla del virus que tiene atemorizada a la gente, en especial de las ciudades. La nena se comporta mal. Dicen que no ríe, ¿estará asustada? No puede salir a la calle, tampoco ir a la escuela, porque le dijeron que las personas no deben acercarse

demasiado por la pandemia. La niña no entiende entonces por qué de noche en su cuarto se rompen las reglas.

*Abuelita recibe un abrazo apretado, Zazil jubilosa
recibe en su manita la mano protectora, mano amorosa.
Suspira y mira el horizonte rodeada de flores.
La ciudad lejos, Zazil antes pálida, hoy de colores.
Abuelita algo percibe, no sabe bien qué,
mira muy de cerca bajo la luz del quinqué
esa sombra espesa que ha marcado ojeras,
la niña le pide cacao y atole de peras.*

Después de un par de semanas Zazil debe regresar a casa y llora. Abuelita entonces se agacha frente a ella y abre las dos manos ante sus ojos. Le entrega una bolsita tejida que huele a copal y le dice algo en secreto al oído. Zazil asiente y se despide con cálido beso. El frío dentro del cuerpecito de Zazil crece porque el sol se aleja.

La niña en su cuarto se sienta en la cama, busca en su cajón el morralito tejido. Jala los cordones y va sacando, uno a uno, seis muñequitos, seis quitapenas. Abuelita dijo que es uno para cada día de la semana; deberá contarle su pesar antes de dormir, el monito lo absorberá y lo mantendrá bajo su almohada, liberándola de mal sueño. Zazil sabe que su pena es grande, así que decide hablar con los seis y los coloca debajo de los cojines velando en la oscuridad, custodiando la puerta.

*A los pocos minutos el intruso llega,
Zazil está triste, nada la sosiega,
no sabe qué pasa desencantada:
la puerta se abrió, no estaba sellada.*

En un inesperado momento, la furia a los muñecos agitó y antes de que la repugnante mano tocara el rostro de la niña, las figuillas entraron al cuerpo del infeliz, se deslizaron a su interior por los oídos, por la boca, por la nariz, desgarrando, mordiendo piel, tejidos, triturando huesos, reventando las venas. Brotaba la sangre por los ojos muy abiertos del hombre, quien de pronto quedó inerte, muerto por el horror.

*Los quitapenas uno a uno regresaron a la bolsita,
Zazil les regaló entonces un cariño en la pancita.
Abuelita dijo un día que quien profana un templo
merece un escarmiento que sirva de ejemplo.
Mamá no entiende, no se explica qué ocurrió,
tal vez una hemorragia. ¡Sabrá Dios de qué murió!
Zazil volverá con la abuela pues no habla,
creen que la impresión la dejó como una tabla.
Abuelita le da la bienvenida con té de toronjil,
que pinta una sonrisa en su tierno rostro infantil.
Mientras caminan abrazadas rumbo a la cabañita
Zazil murmura: «¡Sí nos funcionó! ¡Gracias, mi Tita!»*

Ruth Miraceti Rojas

Nací en la ciudad de Puebla en 1988. Desde los doce años empecé a tomar talleres de creación literaria. Estudié la licenciatura en Comunicación en la Ibero-Puebla. Después, hice una maestría y un doctorado en Literatura mexicana y Literatura hispanoamericana, respectivamente, en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP). En 2013 gané el premio Filosofía y Letras de la misma universidad, en la categoría de cuento, y desde ese momento comencé a tomar en serio la escritura en mi vida.

En 2018 cursé un Diplomado en Creación Literaria, coordinado por el INBA y la Secretaría de Cultura del Estado de Puebla. En 2019 fui seleccionada en el Programa de Estímulo a la Creación y Desarrollo Artístico (Pecda) en la categoría de cuento, gracias a lo cual pude escribir una serie de cuentos, algunos de los cuales fueron publicados en la plaquette *La fantástica y grotesca historia de Virginia Montemayor* (Gobierno del Estado de Puebla, 2020). En 2020 fui acreedora del estímulo Cultura en Casa para escribir un pequeño ensayo llamado «Los días no existen». Ese mismo año, mi cuento «Menarquia» fue publicado en la plataforma digital de *Especulativas*. En 2021 quedé seleccionada en la *Cuarta Antología de Escritoras Mexicanas*, con mi cuento «Cerillita».

«Menarquia» es un cuento que nace de la percepción del cuerpo menstruante en la niñez, y las implicaciones que este proceso tiene en una edad temprana. Busca reflejar el desconocimiento, la extrañeza, los tabúes y el miedo en torno a la primera menstruación.

Redes sociales

Twitter: [@cettyta](https://twitter.com/cettyta) e Instagram: [@cet_mirus](https://www.instagram.com/cet_mirus)

RUTH MIRACETI ROJAS

Menarquia

De niña, los tampones y las toallas femeninas me eran objetos extraños. Mi madre alguna vez se tomó la molestia de mostrarme cómo se ponía una de esas cosas. Tendría unos nueve años cuando me llamó y me dijo que tenía que aprender algo importante. Me enseñó una especie de pirulí, con su envoltura rosa, y de ella sacó un delgado algodón largo; se bajó el calzón y, por debajo de su falda larga, lo introdujo lentamente en su vagina. Dejó por fuera un hilo que, me explicó, serviría para sacarlo después.

—No entiendo —le dije—. ¿Eso se deja ahí? ¿Qué pasa si se te va para adentro?

Mi madre rio un poco y dijo que eso no sucedería. Después de unas horas volvió a llamarme:

—Mira, hija.

Tomó el hilo con el índice y el pulgar. Jaló hasta que salió y lo tiró a la basura. Estaba un poco abultado y lleno de sangre. Parecía una extremidad miniatura. No supe qué decir y salí corriendo.

Un par de años más tarde me mostró una toalla femenina. Hasta poco antes pensaba que los anuncios de toallas que pasaban en la televisión eran sobre productos de limpieza, por el tono azulado embarrado en una textura suave y blanca. Miré cómo lo envolvió en su calzón y me dijo que eso era todo. No tarda en llegarte, sentenció mientras acariciaba mi rostro. Le conté que un par de amigas habían empezado a menstruar meses atrás. Ella sonrió.

Cada tanto me preguntaba si no me dolía la barriga o si ya había sentido las punzadas que anuncian la llegada de Andrés, como le gustaba llamarlo. Yo no le contestaba o hacía una mueca que lograba retener un tiempo su insistencia.

Llegué a la preparatoria sin haber utilizado ninguno de esos productos. Mis amigas hablaban de los cólicos, de las manchas en la ropa en lugares públicos y de los trucos que habían aprendido de sus madres o de otras amigas. Yo sólo podía pensar en el tampón de mi madre, lo recordaba como un parto incompleto, una extremidad de un bebé malformado en el basurero. A ti todavía no te baja, ¿verdad? Yo no respondía, pero algo se me enterraba en el estómago al escucharlas.

Mis amigas me comentaban cómo llevaban el conteo exacto de su ovulación. Sabían los síntomas de memoria. Me hablaban de su dolor de senos, de sus llantos y enojos. Pero cuando se coordinaban yo era una intrusa, parecía que mi sola presencia arruinaba su complicidad.

Tiempo después, la situación comenzó a inquietarme. No me quejaba de que aún no hubiera llegado, pero algo me molestaba en el vientre. Me irritaba. Mi madre dejó de insistirme. La última

vez le había gritado que me dejara en paz y que si tanto quería que sangrara era más fácil si me pasaba un cuchillo. Desde entonces nuestras pláticas se redujeron a cómo estaba el clima.

Una noche, mientras dormía, sentí cómo algo picoteó en mis adentros, cerca del vientre. Desperté confundida. Fui al baño pensando que quizá había llegado el día, pero nada. Durante cinco días hubo golpeteos constantes. Después pararon y todo continuó normal.

No le conté nada a mi madre. Supuse que era una especie de primera llamada, así que sólo me quedaba esperar. El siguiente mes, justo en luna llena, los picoteos regresaron. Eso de los ciclos lunares me había parecido un cuento de hadas. La conexión entre la sangre, el mar, la luna y la naturaleza se me hacía una mera fantasía inventada por las madres que deseaban que sus hijas se sintieran bien con eso que normalmente llamaban pecado. Sin embargo, ahí estaban los golpeteos en armonía con la luna. Yo me hacía la desentendida, no volteaba a verla, porque hacerlo hubiera significado aceptar esa idea.

El mes siguiente, o lo que llamé la tercera llamada, sentí como si alguien tocara una puertecilla inserta en mi barriga: primero con pequeños golpes y después con piedras, porque no le abrían. Durante tres noches me revolqué en mi cama. Después comenzaron los arañazos. Algo me rasgaba el útero, las paredes vaginales. Tomé pastillas para cólicos porque en mi mente escuchaba las palabras de mi madre: te va a doler. Pero no cesó.

Me dolía tanto que en el delirio me metí algunas cosas para succionar lo que fuera que me torturaba de esa manera. Una botella

con un orificio por debajo, porque había leído que podía hacer vacío. También, un gancho para tejer porque una amiga me contó que así había abortado. Aun así, aquello no salió, ni siquiera una gota de sangre. Sabía que dentro de mí algo se estaba pudriendo. Lo único que quería hacer era limpiarme, que saliera todo.

Empecé a percibir un olor a metal entre mis piernas. Entonces introduje un dedo lo más adentro que pude. Llegué a tocar algo que no era piel, algo rasposo. Al sacar mi dedo, vi un puntito de sangre en la yema, casi imperceptible, pero ahí estaba. Recordé el hilillo que mi madre había tomado de entre su vello para sacar el tampón. La vi jalándolo muy lento hasta sacar esa esponjilla, rojiza y gruesa. Sentí miedo.

Poco a poco volví a introducir dos dedos en mí para hacer una pinza que pudiera ayudarme a sacar lo que estaba pidiendo salir. Encontré, muy adentro, aquello que había sentido antes, pero ahora húmedo. Al tacto parecía un pelo. Comencé a tirar de él. En mi vientre una cosa se revolvía cada vez que jalaba; se aprisionaba y me rozaba por dentro.

Pude ver algo negruzco salir de mi vagina. Seguí jalando. Contuve la respiración mientras pujaba. Sentía cómo mi vagina se abría para expulsarlo. Entonces lo vi. Era tan grande como un sapo y tan oscuro como el recuerdo de cuando después de los diez me lo metí para no sangrar jamás.

María Azucena Robledo Lara

Nací en Toluca, Estado de México, en 1977 y radico en Metepec. Estudié la Licenciatura en Lengua Inglesa y actualmente soy docente en el IUFIM. También soy cofundadora y codirectora de la Compañía de Títeres y Marionetas «Titerefue Metepec», en la que he trabajado más de catorce años haciendo obras y creando personajes.

Estuve en varios talleres literarios antes de llegar a círculos de lectura y escritura de mujeres, en los que he conocido escritoras increíbles, que me han inspirado, ayudado y acompañado en mi proceso de creación literaria. Una vez gané un premio en un concurso de dramaturgia para títeres y me han publicado relatos en las siguientes antologías: *Retratos de soledad* (2019), *Llama de amor viva* (2020), *Antología de mujeres vampiras* (2020), *Antología del agua* (2020), *Especulativas* (2021), *Grafógrafxs* (2021), *Cómica fanzine* (2021), etc.

En mi cuento «Diferentes perspectivas» abordo el miedo desde los ojos de cada uno de los participantes de un mismo suceso. Finalmente, también de miedos estamos hechos.

Redes sociales

Facebook: [MaRob Azul](#) y Twitter: [@MazucenaL](#)

MARÍA AZUCENA ROBLEDO LARA

Diferentes perspectivas

Recuerdo el 15 de junio de hace seis años como el día en que morí por primera vez. Intento reproducir en mi mente los hechos, pero lo único que permanece intacto es la imagen de la cerda a mitad de la carretera; el sol de la tarde caía sobre los árboles proyectando sombras sobre su cuerpo sonrosado. Ella miraba a los pocos curiosos que se habían acercado, atraídos por el rechinido de llantas y el golpe seco que siguió. Tengo en blanco el momento en que el animal salió disparado de la parte trasera de la picop por el impacto. Por un segundo preciso y eterno cerré los ojos por el miedo; miedo incrustado en mi columna, en mi lengua trabada incapaz de gritar; miedo de que la sensación de ir cayendo fuera tan real como Lou Reed y su «Perfect day» sonando una y otra vez en el reproductor de CD del auto. Miedo a que un líquido resbalara por mi cara, a que el metal incrustado mordiera mi piel y dejara un rastro de sangre entre las hierbas y a enloquecer a la vista de mi hijo, eternizado como una Coyolxauhqui de huesos imposibles. Abrí los ojos con

alivio: el acelerador logró amortiguar el golpe y sólo destrozó la portezuela trasera. Abrí los ojos al miedo del conductor de la camioneta cuando se dio cuenta que se había quedado dormido manejando y el shock por haber despertado estampado contra un auto al borde de la barranca, único obstáculo entre él, el cielo y la caída interminable. Y la cerda, con todo su miedo, la única cerda en el mundo con el récord de seis metros incrédulos de vuelo, con un aterrizaje perfecto sobre su enormidad y su reclamo por la indignidad del lanzamiento vespertino contra una carretera que parecía haberse congelado. Y mi hijo y yo, desesperados por quitarla de en medio antes que un vehículo apareciera para arrastrarnos en su carrera demencial hacia la nada. Ella nos mira fijamente y gruñe; la muerte nos sonríe detrás de sus ojos porcinos. Y en ese segundo de absoluta comprensión, sabemos que puede ser cualquier tarde en la que nos veremos a nosotros mismos reclamando inútilmente; cerdos con miedo a mitad de una carretera.

Carmen Macedo Odilón

Nací el 12 de septiembre de 1987 en la Ciudad de México. Soy bibliotecóloga e hispanista en formación por la UNAM, además de egresada de Creación Literaria de la UACM. He publicado en cinco antologías de cuentos de la Editorial Escalante, en la *IV antología de cuento de Escritoras Mexicanas y Esencia de Afroditas Volumen II*, además de ser prologuista en Autarca Ediciones. Otros de mis textos se encuentran en revistas literarias, académicas y fanzines como: *Ágora*, del Colmex; *Palabrijes*, de la UACM, donde formo parte del Consejo Editorial; *Acuarela humanística*, de la UAE; *Punto de partida*, de la UNAM; *Nocturnario*; *Lunáticas MX*; *Especulativas*; *Cuenticista*; *Red Universitaria de Mujeres Escritoras*; *Clan de letras Elementum*; *Círculo literario de mujeres*; *Cómica fanzine*; *Katabasis*; *Espejo humeante*; *Extrañas desveladas*; *Página Salmón*; *Enpoli*, y más. Me describo como huidiza, noctámbula y loca de los gatos.

«Oscura boca del lobo» es un relato que juega con el costumbrismo y las posibilidades de lo fantástico. Pone en perspectiva los rituales, el mal, las brujas, el autodescubrimiento y la aceptación en un mundo donde no se encaja, pero que posee un gusto, aspecto y aroma atractivo ante el cual es fácil rendirse. Todos estos elementos se enmarcan en el misterio y la inmensidad de la noche, ante la continua vigilancia de la luna, con el fin de revalorar la memoria de las ancestrales en la construcción tanto de nuestras creencias como del escepticismo.

Redes sociales

Facebook: [@CarmenMacedoOdilon](https://www.facebook.com/CarmenMacedoOdilon) y Twitter: [@CarmenMcedo](https://twitter.com/CarmenMcedo)

CARMEN MACEDO ODILÓN

Oscura boca de lobo

Negro, color de la noche y la pesadilla, color del miedo y el vacío.

Octubre: mes con la luna más grande, hermosa y al mismo tiempo espeluznante, proyecta toda clase de sombras; presencias oscuras que se aproximan hacia nosotros en la huida de su luz cegadora.

No me gusta.

Mi hermanito estaba envuelto en el rebozo de mi madre, durmiendo sobre el catre, y yo, contemplándolo desde la mesa, debía vigilar su sueño.

—¡Qué bruto, las tijeras!

Busqué en el cesto de hilos, tomé las pesadas y ennegrecidas tijeras de hierro que alguna vez le regaló la comadrona a mi madre e hice memoria de cómo las colocaba ella. ¿Abiertas en cruz como dos espadas que se enfrentan al mal? ¿O cerradas con el filo apuntando hacia los pies? A veces, enredaba también un hilo rojo, para que nada entrara.

Las puse en el suelo, a la altura de la cabeza de mi hermanito, con el filo en dirección a sus piececitos y hacia la puerta.

Cada vez que agonizaba octubre me daba la impresión de que el ambiente del cerro se volvía sulfuroso, como un olor a huevo y animal podrido. También lo percibían los borregos del corral, que ya entrada la noche balaban como locos; quejidos que año tras año dejaban de parecerme animales y aumentaban mi nerviosismo.

Cuando mi hermanito acababa de nacer un gruñido seco alertó hasta a las gallinas, mi papá dejó su taza de café y tomó la escopeta. Salió en la oscuridad a buscar la causa, con el destello de la luna como acompañante. Me dejó como responsable de cuidar a la familia y no tuve forma de negarme. Mi nariz me advirtió algo diferente, no un coyote ni gato montés, ni los perros de un ladrón de ganado. Los vellos de mis brazos se erizaron y una cosquilla fría me recorrió toda la espalda hasta pellizarme el cuello. ¿El siete rayas? Esa criatura que a su paso dejaba un asqueroso rocío, el mismo que había aterrado la infancia de mi madre.

—¡Virgen santísima! No vaya a ser una bruja.

Mi madre tiró de golpe el bordado y mientras yo recogía los hilos, ella se apresuró a colocar las tijeras.

—Lupe, mi niño, no le vayas a decir a tu papá, pero ayer, cuando traía la palma, vi en un pino una estrella de cinco picos pintada con sangre. Yo creo que nos busca una bruja y el siete rayas es su compañero: nos mata a los pollos y ha cebado a un par de borregas cargadas. De chamaca lo vi entre la neblina poblana; saltaba las bardas y desaparecía tras esparcir su perfume que olía a muerte.

Papá dijo que encontró un borrego muerto al que le habían desgarrado el cuello.

—¿Fue el siete rayas, pa'?

—Claro que no, ese que tu madre dice es un cacomixtle. Allá me encontré esto.

Nos mostró una cuenta negra de la que colgaba un pedazo de hilaza.

Esa noche mi papá se quedó afuera de la casa, escopeta en mano. Entre los pinos se escuchaba el graznar de algún cuervo y el lamento de los borregos, pero nada más. La luna estaba tan redonda y brillante como un ojo desorbitado recién nublado por la muerte. Desde ese entonces, el monte comenzó a enfriarse.

Hace poco vino a vernos una anciana. Traía menjurjes en un costal y, a pesar de las nubes en su mirada y el temblor en sus dedos, hacía pomadas para heridas y dolor de huesos. Platicó con mi madre mientras el café hervía y no se resistió a acercarse a mi hermanito.

—Bonita la criaturita.

Con tal de verlo, sus pestañas revoloteaban igual que alas de murciélagos ante cada parpadeo, como si por buscar al sol pudieran despejarse los cirros de sus ojos. Observó con esfuerzo, y con sus dedos abiertos en forma de garra midió la cabeza de mi hermanito. Ella olía a ceniza, a cieno y lama, me costaba estar cerca y aguantaba la respiración de vez en vez. La anciana sacó unas agujas y estambre rojo para tejer, me pidió un cuchillo para cortar las hebras que parecían hilos de sangre y le llevé las tijeras que estaban bajo el catre.

—No vas a dejar al bebé indefenso, ¿verdad, niño?

Dije que no, pero faltaba un rato para anochecer. Quise tomar de vuelta las tijeras pero ella me lo impidió con un manazo.

—Déjalas por si acaso, le voy a tejer un gorrito para que esté bien protegido.

Mi mamá terminó su café y salió a buscar agua y leña para hacer la cena.

—Entonces... ¿sí existen las brujas, señora?

Hizo a un lado el tejido y trató de mirarme al rostro, tuve que levantar la mano para cubrirme la nariz.

—Existe la maldad. ¿Tu mamá no te contó que te hice una limpia?

Negué con la cabeza mientras tragaba aire por la boca.

—Ay, Lupe, estabas tan chiquito como aquel, y tu mamá fue a verme corriendo a la cima del cerro porque la había detenido un matrimonio a caballo que buscaba llegar a Topilejo. La mujer te acarició la cabeza mientras le decía a tu madre lo bonito que estabas, y el señor quiso llevarte a dar una vuelta con ellos, pero tu mamá empezó a inquietarse hasta que las vecinas salieron a alejar a los extraños. Ya en tu casa, empezaste a sudar y tu cabecita despedía un aroma a podrido. Tu mamá te trajo conmigo y solo por la peste supe que era mal de ojo.

—¿Y qué es eso? Mis papás nunca me contaron algo así.

—Supongo que para que no se corriera el chisme. Te vieron tan gordito y moreno que habrán sentido envidia de tu madre, no te pudieron llevar y se desquitaron contigo. Pero yo sabía qué hacer, agarré un huevo de gallina negra, lo rompí sobre tu cabeza y ¿sabes qué pasó? Salió negro, todo negro, esas malas energías y lo podrido de sus intenciones se pasó al interior del huevo. Te bañé en ruda y tu piel recobró ese aroma dulzón, como jugo de fruta a la primera mordida.

El tic tac de las agujas y las sacudidas involuntarias de sus dedos me distrajeron del olor del moho.

—Existe la maldad, y los seres humanos se aprovechan de ciertas artes ocultas, pero yo no las llamaría brujas. Hay santeros, exorcistas, hechiceros y los peores de todos...

—¿Quiénes?

Ella se levantó y caminó hasta la puerta para recibir a mis padres, me sorprendió que los hubiese escuchado a metros de la entrada, cuando apenas si yo detecté el aroma a café de los dedos de mi madre y el sudor de la espalda de papá por cargar la leña. La anciana dijo que me lo contaría cuando terminara el gorro, luego de eso se marchó.

Esa noche, el aroma del azufre me despertó, me recordó al tufo de un cuerpo muerto luego de explotar, cuando gusanos, moscas y gases han reventado lo que alguna vez fueron tripas y pellejos. La luz de luna, rojiza, de fulgores apretados por las nubes, más el ladrar de los perros en las casas cercanas era incesante. Después reinó el silencio. Me levanté del petate y vi a mis padres dormir abrazando a mi hermanito. Tomé la escopeta y una coronada me llevó a asomarme al suelo. Las tijeras no estaban.

Culpé a la anciana, y por más que hice memoria no recordaba si se las había llevado. Temí despertar a mis padres porque se había vuelto mi deber ponerlas bajo el catre. Salí al patio y la luna enorme, aunque sangrienta, proyectaba tan poca luz que no encontré mi sombra. Afuera, un perro desconocido chorreaba sangre del hocico, pero tras un momento rectifiqué, ni perro, bruja, o el siete rayas. Un lobo como cualquier otro, según dictaba

mi hábil olfato. Le apunté con la escopeta, pero el animal no me temió, se acercó y abrió sus fauces negras, como si contuvieran su propia noche en una boca sin lengua ni colmillos.

Distinguí el aroma de la sangre, en un rastro que iba del patio al corral de los pollos. Traté de disparar, pero mis dedos no se movieron. El aire frío y afilado despejó algunas nubes del cielo, similares a los ojos del lobo, entre grises y blancuzcos, colmados de cataratas. Animal que asemejaba a un anciano y que me desafiaba con su ceguera como si me conociera de toda la vida, unidos por la agudeza de nuestros sentidos.

Olfato sobrehumano, vista tan certera que ya podía percibir, aún en la oscuridad, mi reflejo en sus pupilas casi muertas. Bajé el arma, el lobo salió corriendo y yo, con un profundo deseo de negar mi naturaleza, regresé a casa y traté de dormir.

A la mañana siguiente, las tijeras estaban en el lugar donde vi al lobo. Mi madre me regañó hasta el borde del llanto y mi papá estaba furioso porque otro animal había muerto.

—Papá... ¿Crees que quien está matando a los animales se las ingenia para que no sospechemos que no se trata de una criatura salvaje?

—Dicen que los nahuales pueden convertirse en cuervos o perros, incluso en personas distintas; cambian de niños a viejos para ganarse la confianza de los demás, pero tú sabes que yo no me creo esos cuentos. Vi pisadas de lobo, y cuando uno pierde el miedo al humano, pronto lo hacen los demás.

La anciana regresó con el gorrito rojo y mi mamá le alabó el labial que engalanaba su sonrisa desdentada, pero no sabía

que el color venía del banquete que se había dado anoche y que tardaba en secarse de las comisuras de su boca. La vieja posó en mí su vista nublada mientras yo notaba que a su rosario, negro como una noche profunda, le faltaba una cuenta.

Me ofrecí a acompañarla de vuelta mientras la oía decir que yo era diferente de los demás humanos, que podría aprender mucho si lo deseaba, gracias a ese vínculo con lo salvaje que no me convenía desaprovechar.

—A cambio, dejaré en paz a los animales de tu padre.

En la cima del cerro, escondida en las sombras de los pinos, una cabañita necesitaba de otro chamán que cuidara al pueblo, y antes de aceptar, ella puso algo sobre mi mano.

—Es peyote... tú y yo vamos a tener un viaje animal y así descubriremos cuál es tu nahual.

Noviembre: mes con la luna que honra a los muertos; puerta que va hacia el blanco y mengua al negro, donde las ánimas eligen transformarse en ángeles o demonios. Apertura al inframundo, que en vez de niebla húmeda tiene copal perfumado y luna llena, negra y risueña; rezos, ofrendas y flores que admiro desde lo más alto de mis vuelos.

Me encanta.

Ángeles Sanlópez

Nací el 21 de marzo de 1988 en Chimalhuacán, Estado de México. Soy historiadora, tallerista, maestra y escritora. Desde hace tres años he escrito cuentos; tengo publicaciones en *Círculo literario de Mujeres*, *Femfutura*, *Especulativas*, *Penumbria*, *Axxón*, *La Coyol Revista y Notas Sin Pauta*. Actualmente soy co-coordinadora de *Especulativas*. Me interesan temas como la historia, la política, la tecnología, la educación y las ideas relacionadas con la construcción de un futuro para nosotras.

Sobre mi cuento, te comarto que «*Ordalía*» tiene como tema principal la justicia. Es una historia que escribí hace tres años con mucha rabia y coraje por el gran número de mujeres asesinadas; a la distancia, lamento profundamente que esta situación no haya cambiado porque seguimos viviendo en un mundo en el que la violencia hacia nosotras no ha disminuido. Este texto es un cuento escrito desde la indignación, el enojo y la frustración, pero al menos en esta historia las mujeres asesinadas lograron algo que en este mundo no.

Redes sociales

Facebook: [@Ángeles Sanlópez](#) e Instagram: [@angeles_sanlopez](#)

ÁNGELES SANLÓPEZ

Ordalía

Al bajar del autobús Luisa no pudo evitar llorar, pensaba que no regresaría al pueblo, pero ya estaba ahí. Al ver a su tía Ángela, hermana de su madre, corrió a abrazarla. Su tío sólo le sonrió y tomó la caja de huevo en la que llevaba su ropa, su prima Nicol la tomó de la mano y todas se fueron caminando hacia la casa. Luisa vio el palacio municipal, las canchas de basquetbol, la tienda de Doña Mary, el cementerio, la primaria donde estudió y la iglesia que seguía en remodelación. Parecía que nada había cambiado.

—Pasemos a comprar las tortillas de una vez —dijo el tío.

Se desviaron del camino y se metieron en una calle.

Luisa notó el cambio abrupto y miró hacia atrás. Los restos de su casa quemada seguían ahí, recordó las llamas, su madre muerta en el suelo y su padre escapando. Nicol la tomó fuerte de la mano y se la llevó corriendo a la tortillería.

Ya en la casa la familia preparó una comida de bienvenida.

—El fin de semana limpiaremos el cuarto que tenía la abuela Tomasa. Ese será tu espacio —dijo su tía. Luisa sólo asintió.

* * *

De la limpieza salieron varios libros, entre ellos *El arte de la Alquimia*, *El largo viaje de Cándida*, *Cuentos soviéticos*, *Las mil y una historias para no dormir* y *El Libro mágico de María Bell*. La familia se quedó con los que quiso.

* * *

Tras las vacaciones Luisa entró a tercer año de secundaria junto con Nicol, ahí se hizo amiga de Diana y Coral. Los días en los que no podía dormir recordando a su madre muerta fueron quedando atrás, poco a poco empezó a recobrar su antigua personalidad.

Nicol se hizo novia del chico de la herrería, Patricio, de dieciocho años. Luisa dejó de verla tan seguido: su prima se la pasaba en el celular o buscaba cualquier pretexto para salir a la calle. Luisa se encerró con sus libros.

Un día Luisa entró al cuarto de Nicol a sacar la ropa sucia, pensando que no la encontraría. La vio sin su suéter, como normalmente vestía. Notó los moretones y rasguños que tenía en los brazos. Inmediatamente pensó en Patricio.

—¿O lo dejas o le digo a tus padres? —dijo Luisa.

—No te preocupes, ya lo dejé. Ahora está con Imelda.

* * *

Las amigas organizaron una excursión por los alrededores del pueblo para distraer a Nicol. El día convenido todas se reunieron

en el río y después visitaron el convento abandonado. La entrada principal estaba sellada desde el último temblor así que entraron por un hoyo que alguien había hecho. Coral sacó su machete y empezó a cortar la maleza que se encontraba a su paso.

Se quedaron en el patio, el musgo rodeaba los arcos y las columnas que aún sobrevivían. Se sentaron alrededor de los restos de la fuente.

Una nube densa y negra que provenía del oriente iba cubriendo poco a poco los rayos del sol, se esperaba una gran tormenta.

Luisa sacó un libro de su mochila.

—Chicas, les quería enseñar este libro: se llama *El Libro mágico de María Bell*.

Mientras lo hojeaba comentó:

—Aquí vienen varios hechizos, hay desde cómo conseguir amor y dinero, hasta venganza y justicia. ¿Quieren probar alguno?

—Sí, pero que elija Nicol —dijo Diana.

Nicol tomó el libro, miró el índice, cerró sus ojos y dio vueltas con su dedo hasta que lo puso en el libro.

—Salió Ordalía. ¿Alguien sabe qué significa?

—Significa juicio —dijo Luisa.

—Sabes muchas cosas —dijo Coral.

—En realidad no, lo investigué en internet antes de venir aquí. Todas rieron.

—¿Y a quién enjuiciaremos? —preguntó Diana.

—¿Puedo elegir? —interrumpió Luisa

Las chicas asintieron sonrientes.

—Acérquense, lo leeremos juntas —dijo Luisa.

La intensidad del viento cambió de repente. Tierra y hojas empezaron a danzar alrededor de ellas. Leyeron al unísono:

—Invocamos el favor de nuestras ancestras las Asirs para cumplir con esta ordalía. Juzguen si nuestra petición es digna de ser atendida para dar justicia a...

Todas vieron a Luisa, quien mencionó:

—Las mujeres que fueron asesinadas en el pueblo Valle de la Alianza.

Ninguna miró con desaprobación a Luisa, sabían que su padre había matado a su madre y que decían que estaba escondido en el pueblo.

Las chicas terminaron de leer.

—Pedimos que los cuerpos de las mujeres salgan de sus tumbas por una noche para obtener justicia. Que este hechizo sirva como candil en la oscuridad de la otra vida.

Una vez que terminaron, Diana empezó a llorar. Nicol se acercó a abrazarla.

Entre sollozos, Diana dijo:

—Me gustaría que este hechizo fuera verdad. Mi tía fue asesinada por su novio y nadie hizo nada.

Todas se acercaron y la abrazaron.

Al notar que empezaba a llover tomaron sus mochilas y salieron del convento.

* * *

Tras las campanadas de medianoche hubo un apagón en todo el pueblo, los vecinos salieron de sus casas rumbo al transforma-

dor, después de unos minutos la luz regresó. Del cementerio se escucharon sonidos que no terminaban de articular un lenguaje conocido. La luna alumbraba el pueblo, pero no se veían personas. Sólo se escuchaban ruidos cada vez más cerca. Varios vecinos regresaron a sus casas al ver que sus hijos e hijas salían a buscarlos.

Algunas personas comenzaron a gritar:

—¡Mujeres muertas! ¡Mujeres muertas! ¡Corran!

—No sé qué pasa, pero las muertitas se salieron de sus tumbas y ahí vienen —dijo Doña Mary.

Mujeres de diferentes edades, de mirada desubicada, cabello enmarañado, piel amarillenta y arrugada, con ropa desgarrada caminaban descalzas lentamente. Tras de ellas había otras irreconocibles por el grado de putrefacción; todas se dispersaron por el pueblo. Líquidos y pestilencia dejaban a su paso. Pasaron de largo por las primeras casas, pero más adelante comenzaron a meterse en algunas. Los vecinos taparon puertas y ventanas con madera. Las muertas se metían a las casas sin mayor esfuerzo. Una vez adentro sacaban a algunos hombres, no a todos, nadie sabía por qué. Muchos trataron de defenderse con patadas, puñetazos, palas, martillos y pistolas, pero a ellas nada las detenía.

Las personas empezaron a reconocer a las muertas: —Es mi hermana, mi esposa, mi hija, —decían. La ropa y algún accesorio que aún conservaban las delataba.

Nicol se asustó y le contó a sus padres lo que habían hecho.

—¿Dónde está el libro? —preguntó el padre.

Luisa subió a su cuarto por él. Al notar que no regresaba fueron a buscarla, no estaba ella ni el libro.

—¿A dónde fue? —preguntó la madre.

—Supongo que al convento, ahí se dijo el hechizo —respondió Nicol.

La familia fue en su búsqueda.

Las muertas también se fueron hacia el convento, cada una llevaba un hombre o varios en sus manos. Todo el pueblo vio su peregrinar. Se empezó a decir que habían venido por sus asesinos.

Cuando Nicol y sus padres llegaron al convento las puertas habían sido derribadas. El libro se encontraba en medio de la fuente. Luisa estaba tras una columna.

—¿Qué haces aquí? —preguntó su tía.

—Espero a mi mamá, ella va a venir.

—Ella no vendrá.

—¿Por qué no?

—Hija, tú papá se ahorcó días después de que asesinó a tu madre. Luisa comenzó a llorar, Nicol la abrazó.

Las muertas colocaron a los hombres alrededor del libro. Nicol vio que Patricio estaba ahí. Él no la miró.

La familia se fue.

Las muertas se tomaron de las manos, agacharon la cabeza, dieron un gran suspiro y después gritaron viendo al cielo. Algunos hombres trataron de unir fuerzas para romper el círculo, pero fue inútil.

Cada una fue levantando a los hombres que habían llevado. Con una mano los tomaban del cuello y con la otra les sacaban el corazón, después los tiraban al suelo.

Patricio estaba sentado encima de los cuerpos, les gritaba:

—Pinches viejas. Qué se creen, van a valer verga ahora que los hombres del pueblo vengan a acabar con ustedes. Las vamos a enterrar bien hondo para que no vuelvan a salir, hijas de la chingada. Ni muertas dejan de molestar.

Mientras él seguía gritando, por atrás llegó una joven. Le sacó el corazón y lo arrojó con los demás cuerpos.

Las muertas regresaron a sus tumbas. El libro desapareció.

Los vecinos no sabían qué hacer con el convento, se acordó que al día siguiente se tomaría una decisión. Antes de que amaneciera, el convento comenzó a arder. La gente salió y solo vio como aquel lugar era consumido por las llamas.

Claudia Saraí Fernández López

Nací en 1987 en Toluca, Estado de México. Soy Doctora en Humanidades por la Universidad Autónoma del Estado de México. He publicado *Tiricia* (Plétora editorial, México), *Nada eres* (Ed. La Chifurnia, El Salvador) y *Villada 436* (Grafógrafxs-UAEMex, México). Textos de mi autoría aparecen en *Rio Grande Review* (University of Texas at El Paso), *Revista Punto en Línea* (UNAM), *El jardín de los poetas* (Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina), *Cultura* (Revista del Ministerio de Cultura de El Salvador) y *La Colmena* (UAEMex). Soy coordinadora de Cuervo Rojo Ediciones, publicación electrónica que difunde el trabajo de escritores latinoamericanos.

Decidí hacer un homenaje a Guadalupe Dueñas y a su cuento «La historia de Mariquita». Desde la mirada poética, ofrezco una voz al personaje de la madre, quien vive en un duelo perpetuo por su hija. El amor entre ambas se experimenta desde las sombras y el silencio.

Redes sociales

Instagram: [@claudiafernandezmex](https://www.instagram.com/claudiafernandezmex) y

Blogger: <https://segununblogmillennial.blogspot.com>

CLAUDIA SARAÍ FERNÁNDEZ LÓPEZ

María Engracia

*La noche tiene un árbol, y en su fronda
se ensortija la luz desamparada;
el roce de la sombra es quieta espada
que vida y muerte con su filo ahonda*

J.E. Pacheco, «Soneto para Lupita Dueñas»

El embarazo fue difícil. Mi cuerpo cambió de forma. Miraba mis venas hinchadas. Tenía las encías sensibles y sangre en los dientes. Cada día sentía las manos entumecidas y un dolor en la columna. Pasé meses con los senos abultados y con ganas de morir.

Miguel quiso llamarla María Engracia, como su madre. El nombre era demasiado largo y preferimos decirle Mariquita. Miguel era muy estricto. Exigía que la casa estuviera ordenada y la comida a la hora. Siempre revisaba que los mangos de las cucharas estuvieran limpios y que no hubiera marcas de café en las tazas. Todos los días se levantaba temprano y asistía a la misa de las

siete. Cuidaba su bigote y pasaba una navaja sobre su mentón limpio. Se aseaba dos veces al día. En ocasiones, tenía ganas de acariciarlo después del baño. Siempre olía a una loción que compraba en la Perfumería Parera. Al salir de casa, dejaba un aroma a madera y cuero. El olor me tranquilizaba, o tal vez era la idea de tenerlo lejos de casa.

Yo pasaba toda la mañana en la cocina. Siempre cortaba los chiles a lo largo y los sumergía en agua caliente. Me gustaba quitar las semillas con una cucharita. Imaginaba que alguien me hacía lo mismo, me sacaba las semillas y me dejaba arder sobre el comal. Pensaba en un cuerpo ardiente que chillaba como un chile tatemado. Quería que me cortaran en tiras y me quitaran la piel.

La cocina era el único lugar que no pertenecía a Miguel. Allí podía destazar un pollo sin prisa. Disfrutaba cortarlo y separar las piernas de los muslos. Me daba placer retirar las vísceras. Siempre me pregunté qué se sentiría ser un médico. Pensaba que acariciar el corazón de un animal era parecido a acariciar el de un hombre.

Por momentos me quedaba observando las cabezas de los pollos, su mirada perdida me recordaba a María Engracia, como si los pollos y la niña tuvieran algo que decir.

Me costaba llamarla Mariquita. Estuvo tan poco tiempo conmigo que no pude tomarle cariño. Cuando nació tenía un cuerpecito frágil y no pude sostenerla en mis brazos. Parecía un canario muerto, como esos que aparecen en el jardín. La miraba dormir sobre tules blancos mientras me goteaba el pecho. Durante meses soñé que hallaba pájaros muertos bajo la cama. Mi prima Isabel me dijo que eso era un mal augurio.

Miguel decidió guardarla en un frasco. Le dije que era mejor ir a la botica por formol, así no se le secarían las mejillas, pero quiso usar la misma sustancia que su madre. Después llegaron las otras niñas. Miguel nunca las miró como a Mariquita. Tal vez le tenía más afecto porque le recordaba a su madre.

Me cansé de tenerla en la habitación. Al principio pensaba que dormía junto a nosotros, pero después imaginaba que estaba atrapada en una jaula o en el limbo. Me entristecía saber que la niña nunca iría a la escuela o jugaría en el corredor.

A mis amigas les aterrorizaba la idea de tener a una niña guardada en un frasco. Mi familia dejó de frequentarnos y mi madre siempre me reprochó no poder visitarla en el panteón. Miguel no hacía tanto caso a las habladurías. A mí me avergonzaban las miradas de la gente, por esa razón nos mudábamos con frecuencia. Cuando notaba que los vecinos comenzaban a murmurar, le decía que no estaba a gusto con la casa o que había un detalle que la hacía inhabitable. Él sabía que era por la niña, pero esa era su manera de disculparse por la vergüenza que me causaba tener un frasco escondido en el ropero.

En ocasiones la observo mientras duerme y olvido que descansa en un envase carmesí. Imagino que la llevo en mis brazos mientras escuchamos el arrullo de las palomas.

Sam Torrom

Nací en 1996 en la Ciudad de Puebla. Soy psicóloga egresada de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Escribo desde que tengo memoria y he publicado textos en antologías, revistas científicas, revistas independientes, blogs y en Amazon: *Antología de cuentos SteamPunk Valencia* (2015, 2016 y 2017), *El inicio o el fin del mundo, Miedo* (Especulativas 2021), *Other* (Lunáticas, 2021), *Grandes mujeres en la ciencia: El estudio del Trastorno del Espectro Autista, El papel de las mujeres en la historia: La época del mito griego*, (Luna Diversis Litteris, 2021), *Terapia de Integración Sensorial en el Trastorno del Espectro Autista: Una Revisión Sistemática* (AJAYU, 2021), y *Mixi* (Amazon, 2021).

«2:37» es una historia sobre nuestras pesadillas más retorcidas, esas que suelen dejarnos una sensación de pánico duradero.

Redes sociales

Instagram: [@samtorrom](https://www.instagram.com/samtorrom)

SAM TORROM

2:37

Columba despertó de repente, empapada en pegajoso sudor.

Miró el reloj de su pared. Marcaba las 2:37 y pese a que el segundero continuaba su ruidoso andar, el minutero se negaba a actualizarse a las 2:38.

A pesar de lo extraño de la situación, decidió aprovechar para ir a beber un poco de leche y asegurarse de que su hija Annia no estuviera aun jugando con su teléfono.

Pero cuando intentó ponerse de pie, no pudo mover ni uno solo de sus dedos; sentía como si un montón de cadenas pesadas la tuvieran presa, unidas a una gran roca sobre su pecho que le dificultaba la respiración.

Intentó hablar, pero sus labios apenas se separaron y la lengua le escocía.

Comenzó a asustarse. El sonido del segundero se hizo más fuerte.
Tic... Tac... Tic...

Poco después se mezcló con el llanto de Annia, que fue rápidamente calmado por un tenue «shh» que no había salido de su boca.

Aterrada, Columba se preguntó quién mierda se había metido a su casa. Siguió tratando de moverse, de gritar, pero nada funcionaba. Pese a su agitación, su pecho no se movía más rápido.

Ni siquiera podía notar elevación alguna.

Tic... Tac... Tic...

¿Es que estaba muerta? ¿Y si el sudor era en realidad sangre secándose?

—¡Prepárate! —escuchó la voz de su padre, advirtiéndole.

Sintió que el corazón se le aceleraba. El problema era cada vez más inquietante, pues su progenitor vivía a 60 km de distancia y no tenía la llave de su casa.

—¡Ya vienen!

Y de un portazo alguien entró en su habitación, y la voz de su padre se desvaneció en la oscuridad.

Los párpados comenzaron a pesarle, negándose a observar a la extraña criatura que se había detenido justo frente a ella. Apenas pudo notar que era demasiado alta y de extraña forma.

—No intentes nada —la amenazó con voz tranquila.

Le hubiese gustado obedecer, pero aún temía por su hija. Intentó abrir la boca o retorcerse hasta que logró mover la muñeca, pero el sonido de los grilletes alertó a aquel individuo.

Este colocó su fría mano sobre el brazo de Columba, apretándolo con fuerza; se sentía como la pinza de un cangrejo que perforaba su carne en un intenso ardor, que pronto comenzó a supurar y emitir un aroma nauseabundo.

Tic... Tac...

Más de aquellas criaturas entraron por la puerta.

¿Qué iban a hacerle?

—Tú no tienes ningún valor para nosotros —declaró otro— Pero ella... —con sus dedos largos y serpenteantes como tentáculos señaló la habitación de Annia— ella sí.

—¡No! —quiso gritar mas su voz quedó ahogada en su garganta. No podía permitir que se la llevaran, pero tampoco podía moverse para defenderla. ¿Acaso la habían drogado o algo peor?

—Ella no ha perdido una sola de sus habilidades extrasensoriales como casi todos los niños al crecer. Y queremos saber la razón.

¿Qué sabían sobre Annia? ¿Que lloraba junto a los perros cuando estos percibían algún sonido horrible? ¿Que podía mirar un punto fijo en la pared durante horas y sin aburrirse? ¡Eso a ellos no les incumbía!

De repente, las criaturas que habían entrado tras la primera comenzaron a reír y a hablar al mismo tiempo.

—Deshazte de ella.

Tac...

—No me sirves.

—¡Ya! ¡Suficiente!

Tic...

Columba se sintió desesperada. La roca que aplastaba su pecho pesaba más a cada segundo, y los grilletes en sus muñecas empezaron a lacerarle la piel.

—No podemos. La sujeto de pruebas la va a necesitar cuando vuelva.

Columba escuchó algunas quejas.

—Regresaremos por ella.

—¡Adiós!

Tac...

—¡Nos vemos en diez años!

De repente, tanto los intrusos como el reloj enmudecieron y Columba sintió mucho sueño. Luchó cuanto pudo por mantener los ojos abiertos, pero al final, entre la inmovilidad y los párpados pesados, no pudo hacer más.

A las 8:30 a. m. sonó su alarma, y recordando lo que había sucedido durante la madrugada, corrió a la habitación de Annia y la encontró vacía. Estaba a punto de llamar a la policía cuando la miró desayunando.

La abrazó con asfixiante necesidad, y cuando se separó de ella descubrió que tenía una pequeña cortada en la frente, que Annia atribuyó a un golpe en los corrales, pero su madre nunca estuvo segura.

Después de todo, ella tenía laceraciones en las muñecas.

Yuri Bautista

Nací en Morelia, Michoacán, en 1986. Soy escritora, tallerista, profesora y correctora de estilo. Estudié la carrera de Lengua y Literaturas Hispánicas (UMSNH). Algunos de mis textos se encuentran publicados en antologías impresas y digitales: *Turbulencia dosmilonce* (Ficticia, 2011), *Diplomado Estética y lenguaje de las artes V. Teoría y creación: arte en México. Ensayos* (Silla Vacía, 2015), *Raíces a una voz: Antología literaria FiliT 2020* (Silla Vacía, 2020), *Inoportunas: Antología de cuentos I* (Atrabancadas, 2021), *Mamá* (Especulativas, 2021) y *Erotismo* (Especulativas, 2022). Mi escritura ronda los territorios de lo insólito y se caracteriza por los ambientes distópicos, el lenguaje poético, el diálogo interior, las atmósferas oníricas y enrarecidas, el erotismo, los personajes sobrenaturales y femeninos.

«La madre sumergida» habla sobre la desaparición en un contexto de impunidad y sobre las maternidades abandonadas en las que nos margina el sistema patriarcal. Este cuento es, además, un homenaje muy personal a las madres buscadoras y a su lucha incesante por encontrar a sus hijas e hijos.

Redes sociales

Facebook: [@yuri.bautista.m](https://www.facebook.com/@yuri.bautista.m) e Instagram: [@jefa.yuri](https://www.instagram.com/@jefa.yuri)

YURI BAUTISTA

La madre sumergida

Cuando quiso despertar a su bebé como cada mañana, Hilda encontró en su lugar a un pequeño y pestilente monstruo viscoso. Verlo no fue tan terrorífico como darse cuenta de que su hija no estaba donde la había dejado. Dio un paso hacia atrás levantando las manos para alejarlas del usurpador; con prisa buscó en los rincones de la recámara y después en el resto de la casa. Al no encontrarla, hizo llamadas, gritó auxilios, tocó puertas, mientras el usurpador se desgarraba los pulmones por el hambre.

Inspeccionaron su domicilio y los alrededores. Familiares y amigos hicieron acto de presencia, pero al final se quedó sola. Nunca antes se habría imaginado lo solas que en realidad estaban, lo solas que habían estado siempre ella y su hija. No pudo más que llorar junto a los aullidos del otro por no saber dónde lloraba la suya que probablemente moría de hambre, de frío, de ese miedo frustrante de quien se sabe indefenso y en peligro.

El dolor agrieta, hasta romper. En Hilda, las cuarteaduras nacieron en sus pechos lactantes. Ver gotas escurridas de su leche

fue una espantosa contradicción y no pudo más que preguntarse a cada segundo dónde estaba su hija. Imágenes violentas se transformaron en respuestas y la angustia conquistó su cordura mientras el tiempo difuminaba su rastro. Quiso reponerse con un vaso de agua, al darse cuenta que era lo que podía faltarle, pero la sintió rancia y escupió. El olor la condujo al patio. La coladera burbujeaba del mismo líquido aceitoso que embadurnaba a la pequeña bestia. Cuando se acercó a revisar, ya no encontró nada, la espuma se había ido. A Hilda se le cruzaron las agruras repentinas de un gigante después del banquete y le dieron ganas de vomitar.

Pero, ¿quién era el usurpador? Nadie preguntó por él. Apenas le echaron un vistazo, los visitantes se alejaban con repulsión, y a nadie le importó el patio sucio a pesar de las súplicas de Hilda por excavar el drenaje. No podía darse por vencida e hizo un esfuerzo por aclarar la mente y pensar en posibles soluciones. Se puso una pinza en la nariz y se asomó a verlo, se abrazaba a sí mismo en una esquina de la cuna. Su piel era resbalosa y blanca como la de una lombriz. Lo examinó, aún no tenía dientes. Lo puso en su regazo y se armó de valor tolerando el asco. No podía dejar que muriera de hambre, era lo único que la unía con su hija, él era el medio que podría traerla de regreso, así que levantó su blusa y dejó que bebiera. El dolor la recorrió, el hocico era una ventosa y su piel enrojeció al instante, pero estaba decidida a no perder el agonizante lazo.

Pasaba el tiempo y crecía velozmente, pero no caminaba, se arrastraba con dificultad igual que un león marino y se trepaba a

la espalda de su madre sustituta, aferrándose a ella como koala al tronco. Con su carga, Hilda salía cada día en búsqueda de su hija impulsando pasos sangrientos. La alta demanda de cuidados y alimento que él exigía la habían consumido y sus pechos eran ya dos flores abiertas al rojo vivo. Estaba segura de que algo más grande a su entendimiento había succionado a su bebé a las profundidades del desagüe. Buscó en todas partes esperando encontrar el mismo burbujeo pestilente visto en su patio el primer día. Guiada por su olfato, examinó cada alcantarilla, drenaje y río residual que se le cruzaran.

Una noche lo escuchó bramando en el patio. Estaba sorprendida, había logrado empujarse hasta ahí con esmero desesperado, su chillido era un llamado haciendo eco en la coladera. Hilda lo cargó sobre su espalda; era la única forma de consolarlo. Su corazón apagado se alumbró al ver el burbujeo. Fue entonces que tomó sus herramientas y emprendió la excavación.

Día y noche excavó sin separarse del agujero pantanoso que iba revelando; su hija podíaemerger en cualquier momento en una ola marina que devuelve el tesoro perdido. Durmió ahí mismo entre barro y espuma nauseabunda con el nombre de su hija en los labios, que ya no eran labios, sino un pozo de lodo. Excavó hasta que ya no pudo hacerlo; el usurpador triplicó su tamaño prensándola como saco de huesos y la siguió engullendo con voracidad depredadora.

Mijal Montelongo Huberman

Nací el 25 de agosto de 1996 en la Ciudad de México. Crecí en Tampico, Tamaulipas, hasta que fui a la Ciudad de México a estudiar la carrera de Biología en la UNAM. Sigo viviendo allí; ahora estoy estudiando una maestría enfocada en Ecología. Me interesa la literatura y los idiomas, por lo que me estoy formando para hacer traducciones de manera profesional. Siempre estoy acompañada de libros, perros y gatos.

Normalmente, escribo cuentos sobre sueños que tengo. Este texto en concreto fue una pesadilla que tuve cuando era adolescente. Me inquietó tanto que permaneció en mi memoria todos estos años. Poner mis sueños por escrito me ayuda a que dejen de dar vueltas en mi cabeza, al menos por un rato, y a diseccionarlos y moldearlos como más me plazca, teniendo un poco de control sobre ellos.

MIJAL MONTELONGO HUBERMAN

Despierta

Algo la despertó. Supuso que todavía no era la mañana porque no escuchaba los típicos sonidos de la mañana. Esperó un segundo. No, no tenía sed o ganas de ir al baño. Su gato no podría haber sido porque cerraba la puerta de su cuarto en la noche. Sin encontrar una explicación satisfactoria que la haya hecho salir de su sueño, abrió los ojos.

Dos cuencas negras donde deberían estar los ojos de una cara larga y blanca con cabellos oscuros y lacios estaban unos centímetros por encima de la cara de la niña. Antes de que pudiera reaccionar, la cabeza giró su cuerpo brillante, que flotaba horizontalmente, hacia la puerta y la atravesó.

La niña se quedó acostada, momentáneamente paralizada por el miedo de lo que acababa de ver. Sin embargo, le dio curiosidad saber si todavía seguía en la casa o si lo había imaginado. Entonces, sintió cómo su cuerpo se levantaba de la cama y salía de su cuarto.

Vio que la presencia flotaba por el pasillo oscuro, alejándose de ella. Era un pasillo corto que en ese momento parecía más un

túnel y estaba iluminado por la luz blanca que emanaba de él. El cuerpo avanzaba poco a poco, alumbrando diferentes espacios del pasillo. Después de un rato, se metió en la habitación de su papá y su mamá.

La niña, que había permanecido al inicio del pasillo, observando, se dirigió lentamente a aquel cuarto. Tenía la intención de decir algo para despertarlos, pero lo que vio hizo que se detuviera en el marco de la puerta.

El fantasma flotaba encima de su padre e iluminaba la cama. Absorbía la vida del papá de la niña, como ya lo había hecho con la de su mamá.

La niña estaba aterrada y se sentía devastada de que su papá y su mamá ya no fueran ellos mismos, es más, de que ya no existieran y de que nunca más podría estar con ellos. Hubiera querido ayudarlos, pero, al elevar sus brazos, se dio cuenta... ¿Cómo detienes a un fantasma si tú también lo eres?

Belem Eslava

Nací en 1977 en la Ciudad de México; radico en el Estado de México. Estudié Ingeniería en el IPN y actualmente me dedico a encuadernar, tomar fotos, recorrer las calles en una van, y sobre todo, a aprender a escribir: un sueño que pospuso por mucho tiempo.

Gracias a las enseñanzas y apoyo de colectivos de mujeres escritoras he aprendido a canalizar mis ideas para escribir historias. He publicado «Anaa Yoots» en la sección *Universo de Letras* de El Universal de SLP, (2019), «El Ciclo del Agua» en la antología *Laboratorio de Letras Capicua*, (2020) y «Recuerdo Rojo» en *Especulativas* (2021).

«Recuerdo rojo» aborda el maltrato animal y juega con la pregunta: ¿Qué pasaría si los animales buscaran venganza? Especialmente, habla de lo que pasa cuando los humanos nos convertimos en monstruos y nuestras acciones destruyen las cosas buenas que había en aquellos a los que lastimamos. Para mí el terror es eso: la posibilidad de destruir a quienes nos aman.

Redes sociales

Twitter: [@ana_slava](https://twitter.com/ana_slava), Instagram: [@urdimbre_textual](https://www.instagram.com/urdimbre_textual) y
blog: <https://urdimbrestxt.blogspot.com>

BELEM ESLAVA

Recuerdo rojo

Aún recuerdo el último día que estuvimos juntos. Fue el día de mi muerte. Cuando te fuiste, se quedaron conmigo las preguntas y una pelota roja y sucia que todavía guarda tu aroma, al que me he aferrado en este infierno porque pensar en ti le da propósito a mi existencia.

Ese día, en el bosque que tantas veces visitamos, lanzaste la pelota roja más lejos que de costumbre. Yo fui tras ella, feliz por sentir la potencia del movimiento. Anticipaba tu sonrisa cuando me vieras corriendo hacia ti con la pelota, pero esta vez no sonreíste. Cada lanzada era más brutal que la anterior, cada retorno era un rechazo y tu mirada, como la tarde, se iba haciendo cada vez más oscura.

Me pateaste. Sentí el impacto de tu ira en mi hocico, vi la sangre regarse sobre la hierba y confundirse con la pelota. Otra patada en el estómago, lloré, me hice un ovillo, me reduje tanto como pude con la esperanza de que mi sumisión te calmara. Más que el cuerpo, me dolía no saber por qué estabas

enojado conmigo, más que el hambre y la sed, me dolía no poder hacerte feliz.

Tirado en el lodo te vi alejarte. No sabía cómo vivir sin ti, así que corrí para alcanzarte, te alejabas tan rápido que me asusté y puse todas mis fuerzas en la carrera. Tú gritabas enojado, comencé a suplicarte con aullidos que no me abandonaras, me amenazaste con otra patada, reculé, pero luego te seguí de nuevo. Te confundiste con la hierba, mi cuerpo vencido no lograba alcanzarte.

El coche estaba cerca, por un momento pensé que conseguiría llegar hasta ti, me lanzaste una piedra, la esquivé, pero tuve que retroceder. Huías de mí como si fuera un monstruo, ¿era eso? ¿Me había convertido en una bestia? Llegaste al carro y te detuviste a recoger las llaves, que resbalaron de tus manos temblorosas. En mi mente una súplica se repetía sin parar «no te vayas».

Vi cómo peleabas con las llaves, con la puerta del carro. Yo corría tratando de alcanzarte, apenas logré rozar el metal frío del auto cuando el humo negro que expulsó la maldita máquina que me trajo aquí, me llenó los pulmones.

El peso inaguantable de la soledad me venció. Le aullé a los dioses del bosque, les supliqué que sanaran ese terrible dolor y los dioses atendieron mi llamada, los sentí materializarse a mi alrededor en forma de una manada de perros sucios y hambrientos, bestias oscuras de hocicos babeantes, de dientes afilados y amarillos que me olían con urgencia y con hambre. No opuse resistencia, preferí el dolor de sus dentelladas al de tu ausencia. Sentí cómo me arrancaban el alma a pedazos, sus gruñidos llenaron mis orejas con un sonido de motores diabólicos. El frío

de la noche, de la muerte, hizo temblar todo mi cuerpo, pero el olor metálico de la sangre me hizo sentir un extraño consuelo. «Ya eres uno de los nuestros» dijo la bestia más grande y más negra de la manada mientras me miraba desde arriba, con una corona de luna en su cabeza. Luego vino la oscuridad.

No sé si esto es el infierno o solo otro fragmento del mundo en el que viví contigo, pero sé que andamos en la orilla de las cosas, somos legión, nos alimentamos del miedo de los otros y recorremos el mundo en su búsqueda. Los más viejos dicen que antes la gente se aterraba al vernos, ahora ni siquiera nos miran, aunque a veces, cuando nos acercamos demasiado a su mundo, nos golpean y nos amenazan, algunos nos cazan solo para divertirse torturándonos. No siempre podemos defendernos, pero esperamos, pacientes, nuestro momento de venganza.

Las peleas son parte de nuestra rutina, somos tantos que hay que ganarse un lugar en la manada. Cada día llega un nuevo miembro, algunos por su cuenta, aunque la mayoría llega aquí sin imaginar que viene a encontrarse con la muerte.

Los ladridos de un perro abandonado son tan lastimeros que es imposible confundirlos, los reconocemos de inmediato y vamos a su encuentro expectantes: si el visitante supera la bienvenida puede ser parte de la manada, si no, hacemos fiesta con su sangre y su miedo.

Aún tengo la pelota roja que usaste como anzuelo para dejar que el bosque me atrapara. No sé cuánto tiempo ha pasado, pero conserva tu aroma con la misma fuerza de aquel día, o quizás no, quizás el aroma está solo en mi memoria. Esa pequeña esfera color

sangre es lo único que conservo de mi vida anterior, no sé por qué la guardo, pero sé que no es en este claro del bosque donde la enterré, ¿qué hace aquí esta pelota roja y por qué huele a ti?

Los ladridos desgarradores de un cachorro blanco, parado a unos pasos de la esfera encarnada, inundan el bosque; tiembla mientras busca entre quejas y lamentos al que lo trajo aquí. Escucho el rumor de las ramas moviéndose con la fuerza de la manada que viene a recibir a su nuevo miembro, o su nueva víctima. Los aullidos del pequeño me duelen, como navajas atravesando mi cabeza, siento un apuro terrible por acallarlos, pero un impulso más grande me domina. Te busco.

Sabía que volverías, huelo tu miedo salado y corro a encontrarte. La luz azul de la tarde comienza a ocultar el mundo, pero el perfume del alcohol te delata. Me presientes, giras hacia mí, tu mirada sorprendida me confirma que no me recuerdas. Apresuro el paso, te vuelves de nuevo, me amenazas, pero esta vez no reculo, corro hacia ti y te muestro cuánto he crecido. Acelero el trote, a lo lejos, los aullidos del cachorro se van haciendo más fuertes y un coro de gruñidos y golpes completa la sinfonía de bienvenida, la emoción de alcanzarte me hace aullar con todas mis fuerzas. Estoy tan cerca que te respiro, tu corazón y el mío palpitán en sincronía. Tropiezas, me detengo solo para darte ventaja. Gritas hasta perder la voz. *Déjà vu* las llaves del carro se resbalan de tus manos temblorosas, te sacudes al agacharte para buscarlas. Yo, paciente, me alisto para dar la última zancada.

Olivia Carmona Hernández

Nací en la Ciudad de México, en 1982. Ex habitante de la periferia oriente de la ciudad, actualmente radico en Italia. Estudié Producción de radio y televisión, desempeñándome en el ámbito durante varios años; actualmente colaboro con entidades del tercer sector, me ocupo de interculturalidad y migración.

Fruto del cobijo y estímulo de los espacios separatistas, así como al legado de mis ancestras literarias, mi escritura se encuentra en constante evolución. El género especulativo me ha permitido abordar sin tapujos temas que me atañen.

Mis relatos «Frisol» (2020) y «Mare Nostrum» (2021) se encuentran publicados en *Lingua Madre, Racconti di donne straniere in Italia* (Edizioni Seb27). En México, mis cuentos han sido publicados en diversos medios digitales como *Anapoyesis, Atrabancadas, Especulativas y Multiversas*. Mi cuento «Insólita» obtuvo una mención honorífica en el XIII Encuentro de Creación Literaria convocado por Faro Tláhuac.

En «La extranjera» se entrelaza el dolor de quien es rechazado por ser una persona migrante así como por su color de piel. Llevando al extremo dicha desazón reflexiono sobre aquello que muchas personas asumen erróneamente como único símbolo de belleza y valía.

Redes sociales

Instagram: [@olylvch](#), Facebook: [@ollyncar](#) y Linktree: [@oliviacarmona](#)

OLIVIA CARMONA HERNÁNDEZ

La extranjera

Llegó a la aldea una noche de luna azul, con solo un morral que contenía sus escasas pertenencias. Nella nunca había salido de la que hasta entonces fue su aldea, así que todo a su alrededor le suscitaba gran estupor.

Las viviendas eran bonitas, de un estilo completamente diferente al que ella conocía. Todas eran idénticas, alineadas una al lado de la otra y el color de las paredes estaba unificado. Además, de los tejados sobresalían boquillas de metal que expulsaban humo, el cual silenciosamente se enmarañaba en los cabellos hasta impregnarlos de notas ahumadas. Todas las ventanas lucían cubiertas por espesos lienzos entramados que impedían la visibilidad hacia el interior.

Con la emoción palpitante en la garganta y curiosa por conocer más, Nella se encaminó por una calleja. Luego de unos metros, se encontró por primera vez con la mirada lacerante que sería la constante de los días por venir. Un anciano, que a paso lento caminaba por ahí, la miró con desdén y mientras pasaba a su lado murmuró:

—Vuelve a tu aldea, extranjera.

Con el paso de los días y luego de reiterados episodios como el de esa primera noche, Nella entendió que las personas como ella no eran bien acogidas en ese poblado. No se trataba de rivalidad entre aldeas, menos aún por haber llegado sola hasta ahí. La causa del disgusto era su piel, el color bronceado que cubría su cuerpo.

Los días pasaban y Nella se sentía más contrariada y sola. Nunca antes el color de su piel había significado una diferencia, ni siquiera se había detenido a reflexionar en ello. En su aldea jamás sintió que en ella hubiese algo equivocado, pero donde ahora estaba todo era distinto y nadie la había preparado para ello.

Muchas personas evadían su mirada, la gente cuchicheaba a su paso y algunos insolentes la instaban a largarse de ahí. Los momentos de pesar eran cada vez mayores y sin importar sus esfuerzos, no había logrado entablar amistad con nadie. Afortunadamente la mujer con la que trabajaba era amable con ella, visitaba la aldea una vez al mes y permanecía ahí muy pocas horas, solo el tiempo necesario para inspeccionar que en la casa todo estuviera en orden. Ella, la señora del Este, un día al notar el estado compungido de Nella rompió su acostumbrado silencio y le dijo:

—Eres diferente y eso no les gusta. No escuches lo que te digan, por más que insistan no claudiques.

El invierno estaba por llegar, con el pasar de los días las horas de luz eran cada vez menos y el sol aparecía raramente. Un espeso y húmedo manto de neblina arropaba la aldea, dándole así un toque sombrío y desolado. Nella no estaba acostumbrada

a un clima como ese, así que pronto la neblina arropó también su ánimo.

La señora del Este anunció a través de una carta que se presentaría hasta inicios de la primavera. La noticia embistió trágicamente a Nella, pues cada mes esperaba con ansias el arribo de la señora, quien en aquellos meses era el único contacto humano que tenía.

Aquella noche Nella se sentía más triste que de costumbre, recostada sobre la cama lucía nerviosa, los pensamientos no le daban tregua. Se sentía rebasada al recordar los desplantes de los aldeanos. ¿Por qué decían que su piel no era bonita? ¿Qué había de malo en ella? Repentinamente la frustración se le agolpó en las sienes y su cara enrojeció de cólera, al tiempo que las lágrimas nublaban su mirar.

Fue así que, sin pensarlo mucho, Nella se incorporó rápidamente y se dirigió a la cocina. De un cajón sacó el cuchillo que usaba para destazar a los animales y deprisa lo clavó en su brazo. El primer corte le causó dolor, pero no el suficiente como para detenerse. Los movimientos que siguieron fueron cuidadosos, rápidos pero cautelosos. Usando el cuchillo con maestría, centímetro a centímetro, Nella fue despojándose de su piel. Algunos jirones eran bastante regulares, otros se desgarraban al tirar de ellos. Descarnar el vientre y las piernas fue fácil; la espalda, en cambio, resultó la parte más complicada. Una vez terminada la operación, con las manos empapadas de sangre, Nella acomodó escrupulosamente los jirones de piel dentro de una canasta que guardó en una estantería y tambaleante se dirigió a la puerta.

El día empezaba a clarear cuando el llamado de Nella rompió la quietud de la aldea. A gritos, con voz segura e insolente, convocó a los moradores:

—¡Véanme! ¿Ahora sí soy digna de su mirar? ¡Ya no hay piel que les cause aversión! ¡Mírenme, sin esa cubierta soy exactamente como ustedes, mismos músculos, mismos órganos! ¿Pueden verlo, cretinos? ¿Ahora sí pueden verme? —insistió Nella, mientras los presentes la observaban atónitos.

Daniela Caballero

Nací en 1990, en el norte de la Ciudad de México. Estudié Comunicación Social en la UAM-Xochimilco. Desde hace ocho años me dedico a hacer contenido para agencias de marketing digital y organizaciones de la sociedad civil. Gracias a otras escritoras y mujeres he rescatado mi escritura creativa. He publicado textos en espacios como: *Círculo Literario de Mujeres, Enpoli, El Tecolote, Feminopraxis, Revista Mexicana de la Comunicación y Animal Político*.

«Lunes» habla del desasosiego y la incertidumbre que nos invade cuando debemos esperar lo ineludible. Para mí, el miedo es un sentimiento primario que experimentamos desde la infancia ante lo desconocido, pero más aún ante lo que conocemos y que no podemos evitar, como las pérdidas. Este cuento habla del miedo mismo, cómo se refleja en el cuerpo, y cómo genera desesperación y desesperanza, emociones con las que vivimos mientras intentamos ser personas funcionales.

Redes sociales

Facebook: [@danielacaballerog](https://www.facebook.com/@danielacaballerog) y Twitter: [@dancaballerog](https://twitter.com/dancaballerog)

DANIELA CABALLERO

Lunes

La luz alcanzaba a inundar la habitación lo suficiente para sentirla en los párpados, pero no abrí los ojos. Veía puntos naranjas y negros mientras clavaba mi torso en el colchón, y mis extremidades se sentían gelatinosas.

¿Eran las nueve, las diez o las once de la mañana? No lo sé, no quería despertar. Podría ser el inicio o el final, según se le viera. Transitar el día significaba que con el paso de cada minuto él estaría más cerca de llegar, vendría por mí y ese sería el final.

Abrí los ojos, y para mi sorpresa, la luz no lastimó mis pupilas. Con trabajo me levanté, hecha puros huesos cubiertos por esta piel pálida. Al dar el primer paso perdí el equilibrio y la habitación dio vueltas. Me encontraría así, débil y vulnerable. ¿Cómo lucharía contra él?

Poco a poco sentí el calor en mis huesos y decidí que debía meterme a la regadera. El baño limpiaría todo indicio de las batallas de los días transcurridos en el cuerpo. Abrí la llave. Me metí y, al inicio, el cuerpo experimentó temblores constantes

con el agua fría y luego, poco a poco, los espasmos se detuvieron, mientras el vapor subía. El chorro caliente caía en cada hueso de mi esquelético cuerpo.

Abrí más la llave. El contacto con el agua caliente quemaba. Me mantuve bajo la regadera hasta que comenzaron a salir llagas en la piel, mis piernas se quebraron, caí al suelo y grité lo más fuerte que pude. Me demoré en el baño más tiempo del esperado, y tardé más aún en vestirme y secarme. Él me encontraría herida y enferma, y me devoraría.

Agotada, comencé mecánicamente la rutina del día. Inicié la limpieza, restregué los pisos y sacudí los muebles de madera que en las noches frías crujían y parecían danzar al chocar. Me reía con histeria al pasar la lejía por pisos y paredes. ¿Cómo podía limpiar, ser una autómata con el miedo y la angustia? ¡Qué mala broma! Pero así era siempre. Una no sobrevive a pesar de la adversidad, sino con ella. Si él llegaba, no tendría oportunidad de volver a limpiar y me quedaría entre la mierda, la basura y la suciedad.

La mañana le dio paso a la tarde y comí las sobras de comida del refrigerador viejo que hacía ruidos como de gritos y golpes. Mientras le quitaba los hongos a la fruta y mis dientes se quebraban con las semillas duras, me di cuenta de que mi cuerpo se sacudía y temblaba otra vez. Ya se acercaba.

Al atardecer, cuando los últimos resquicios de luz entraban por la ventana, sentí de golpe la pesadez en los pies y las náuseas. Me quedé paralizada en la estancia, llorando. Él vendrá, me llevará y no seré feliz.

La luz se acabó y vino la helada noche. Recorrí la sala mirando mis pertenencias, caminé lento y llegué al espejo. Unas ojeras pronunciadas y oscuras enmarcaban mis ojos vacíos y sin expresión. Levanté mis manos para mirarlas sin apenas reconocerlas y rompí el espejo.

Miré el reloj, eran las once de la noche. No quedaba tiempo, el día se acababa, muy pronto él llegaría. Me fui a la cama y me metí debajo de las cobijas, temblando. Nada podía hacer para evitar que llegara, para evitar enfrentarlo, para evitar vivir aquello. ¿Y si me encontraba dormida? Intenté cerrar los ojos y dormir, pero el castaño de mis dientes era incontrolable.

Los minutos corrían al doble de la velocidad normal. Me aferré a la almohada, apreté los dientes. No lo escuché llegar porque nunca hace ruido. Lo sentí, lo sentí en el cuerpo. Lo sentí porque se llevó mis recuerdos, mi alegría, mi apetito, mi energía, mis sueños. Quise desaparecer, no despertar más, pero llegó y no pude hacer nada.

Andy Ruiz

Nací un 15 de marzo de 1994 en la Ciudad de Mérida, Yucatán, dónde aún encuentro mi hogar. Soy licenciada en Educación Preescolar, egresada del Instituto Superior de Educación Normal de Mérida. A través de talleres y cursos de escritura, he publicado textos en las antologías *Onírica* (2021), *Mujeres con voz de tinta: Erotismo* (2022) y *Mujeres con voz de tinta: Injusticia Social* (2022). He colaborado en proyectos de divulgación literaria, como lectora, para *Días por Días* y para *Matria Literaria* en el evento «Novenas de Doce» y he organizado lecturas al aire libre para nivel preescolar en favor de la promoción de la lectura y la escritura.

En mi texto abordo el erotismo como el medio para desinhibir los pensamientos, dando paso a los instintos más bajos de sus participantes así como a las sensaciones de poder y vulnerabilidad en el intercambio de los roles en el género que les corresponden, según la sociedad, a los personajes desde una mirada feminista. Creo un ambiente misterioso y apasionante relatando imágenes que pueden sentirse, esperando generar pasión y escalofríos en quien lea el texto.

Redes sociales

Instagram: [@_andyruiz_](https://www.instagram.com/_andyruiz_)

ANDY RUIZ

Rojo sangre

El humo grisáceo se eleva hasta desvanecerse sin apenas tocar el techo del cuarto, emerge de la ceniza de aquel cigarro a medio camino de consumirse, se enciende en rojo y naranja vivo quemando la hierba contenida en su interior.

La mente de Suna divaga, sin prisa, entre los poros detenidos de Henri y las ondas de ese humo danzante que comienza a tomar la forma de los recuerdos que se anidan en sus pensamientos. Entre los hilillos blanquecinos comienza a asomarse la silueta de la sonrisa de ese hombre, esa mueca provocadora que le nacía en la comisura de los labios mientras su cuerpo se posaba sobre el suyo y una sombra crecía sobre su espalda.

Él le susurraba al oído lo mucho que la quería, lo mucho que su cuerpo le fascinaba, mientras besaba su cuello entre las palabras; sus hábiles manos recorrían cada centímetro de piel por debajo de la ropa, avivando las corrientes eléctricas que terminaban en su húmeda entrepierna, las caricias despertaban sensaciones placenteras, la saliva se mezclaba con el calor de las sábanas y

los fluidos que de ambos emanaban, él le decía entre suspiros cuánto quería que el día nunca se acabara, eso a ella le excitaba, su fogosidad iba en aumento mientras se acercaba al pensamiento: «Sí, este día será eterno».

Los ojos de Suna brillaron a la luz de las velas con un intenso resplandor antinatural que aceleró el corazón de Henri. Una profunda oscuridad se apropió de los pensamientos de ella y le nubló la razón. Sus movimientos se sucedieron en automático, clavó las uñas en la espalda del muchacho, quien se quejó levemente mientras sonreía pensando que todo era producto del momento.

Ella rodó su cuerpo colocándose sobre él, le ató las manos a la cama, por encima de su cabeza, con su corbata, mientras su cadera subía y bajaba, deslizó las manos sobre el pecho del muchacho, pequeños gemidos y susurros se escapaban de sus labios, arqueó su cuerpo y reveló el sudor blanco de su miembro. Ella abrió la boca, en señal de deseo y hundió la cabeza en el hueco entre su cuello y su hombro hincando los dientes con mayor fuerza cada vez.

Lentamente el rojo de las velas se mezcló con la sangre que corría sobre las telas y Henri daba su último aliento mirando los labios de Suna empapados en el espeso líquido de sus venas.

Suna se levantó de la orilla de la cama, se enfundó en la bata de terciopelo escarlata, se acercó solemne al inmóvil Henri y, retirándole un mechón de la cara, le susurró al oído:

—Ahora sí cariño, qué esta noche sea eterna.

Ana Laura Corga

Nací la noche del 9 de enero de 1989 en Tlalpan, Ciudad de México. Soy politóloga-administradora pública por la UNAM. Escritora y feminista. De madre oaxaqueña y padre guanajuatense, mezcla de identidad, de migración y de historias. Soñadora y constructora de gobiernos locales. Fui directora de la revista digital *Entre Letras Ciudadanas*, he publicado cuentos, relatos y pensares en *Notas Sin Pauta*, *Entre Letras Ciudadanas*, *Círculo Literario de Mujeres*, *Cósmica Fanzine* y *Especulativas*. Co-coordino *Especulativas*.

«Que alguien me ayude» es uno de los cuentos con los que más he llorado. Se convirtió en una catarsis derivada de las historias que conocí sobre niñas cercanas. El terror es uno de los géneros en los que encuentro refugio al saberme en un mundo lleno de personas malvadas. ¿Qué puede causar más terror que un hombre adulto mal intencionado? ¿Qué puede causar más terror que no saber por qué en las noches no encuentras consuelo? La vida da muchas vueltas y la esperanza por la justicia es lo único que me queda como aliento.

Quiero hacer una advertencia a las personas lectoras en general y a las mujeres abusadas en particular: es un cuento fuerte y trata temas sensibles. Les dejo un gran abrazo.

Redes sociales

Facebook: [@analau.corga](https://www.facebook.com/analau.corga), Twitter: [@analau_corga](https://twitter.com/analau_corga),

Instagram: [@analau_corga](https://www.instagram.com/analau_corga) y Medium: [@analauracorga](https://analauracorga.medium.com)

ANA LAURA CORGA

Que alguien me ayude

¡Carajo! Ya no quiero seguir así, tantos días de vigilia me están avejentando el rostro. Cada que me observo al espejo aprecio una arruga más, las ojeras más marcadas, los ojos siempre rojos y la piel seca. Todas las noches como acto ritual y disciplinado me aplico una crema para mejorar la apariencia del rostro, aunque para ser sincera, ya no sé si está valiendo la pena.

Hago todo lo que está en mis manos para que no se note que no estoy durmiendo. La exigencia es permanente, verte bien, no expresar enfermedad en el rostro; ocultar lo que está pasando. La gente se puede espantar, no me lo puedo permitir. No puedo dar esa imagen.

Pero cada día se hace más difícil, he pasado semanas sin dormir, temo cerrar los ojos y que las pesadillas regresen. Trato de mantenerme cuerda, tomo café insaciablemente varias veces al día. Voy entre consumir vitamina B, té de jengibre y taurina en cualquier versión que encuentre en la tienda de la esquina. Esto es desgastante, me irrita por todo, no soporto el sol, los gritos me atacan la cabeza.

La noche llegó. ¿O es el día? A veces me quedo dormitando a cualquier hora, no importa si hay luz o no. Temo que un día cualquiera me gane el sueño a medio camino sin darme cuenta. Parpadeo, cierro los ojos. ¿Otra vez los cerré? Parece que sí. Me encuentro de nuevo acostada en un cuarto que me resulta muy familiar. ¿Es un sueño? Empieza de nuevo. Sueño que sueño, y en este sueño profundo se aparece un demonio.

Él me acompaña siempre en estas pesadillas. No distingo si tiene rostro, la imagen es oscura, como si estuviéramos en una habitación donde todas las cortinas han sido cerradas o donde ha caído la noche profunda trayendo su prominente tiniebla.

La primera vez que lo vi, no supe cómo reaccionar, me provocó terror. Pero no podría decir que era algo paranormal, más bien era como cuando vas por la calle de noche y percibes que un hombre se te acerca de manera sospechosa. Ese miedo que te hace estar a la defensiva y que no termina hasta que el hombre pasa de largo.

Quizás asocio al demonio con esto porque tiene una figura humanoide, de hombre, aunque ahora que lo he podido ver con detenimiento después de esta recurrencia, es más como una bestia. De él se alargan cosas puntiagudas que lo hacen desagradable, monstruoso. Tiene manos largas y grandes, de las que sobresalen unas garras enormes. Su figura es robusta, pero mediana como la mía, de su cabeza se desprenden dos cuernos que se pierden entre la melena a medio cortar, esos pelos que sobresalen de las sombras cuando se mueve.

Esta vez él se queda parado. Siento cómo me observa de lejos, aunque no distingo bien sus ojos. Parece que quisiera velar mi sueño. ¿Lo vela o quizás lo anhela? A lo mejor él tampoco puede dormir.

Se empieza a mover hacia mí y voy distinguiendo su cara, se van definiendo sus rasgos que son horrendos. Ojos grandes y oscuros, nariz perfilada, cabeza rechoncha. Percibo un olor que se desprende de él. Se me acerca lentamente, el miedo empieza a subir por todo mi cuerpo. Mi corazón late de prisa, mi piel se enchina. Está muy cerca, distingo su aliento, huele asqueroso, como a fruta podrida. Invade mi cama con ese olor putrefacto, se detiene, me observa de nuevo de arriba a abajo. Sus ojos se van transformando en dos faros nubosos. Mi cuerpo cosquillea, intento moverme, no puedo.

De un momento a otro mi cuerpo se siente reducido, me siento diminuta. ¿Qué pasa? Me estoy alejando de este cuerpo, lo empiezo a ver desde afuera y confirmo, es pequeño. No cubre ni la mitad de la cama. Apenas y llega a verse que sobresale de la almohada una cabeza infantil. ¡No! Regreso a él. Al cuerpo infante. Esto no me había ocurrido en otro sueño.

Un susurro de aire recorre lentamente las sábanas, empieza por mis pies y va subiendo por encima de las telas. No es posible que haya logrado traspasar. Aunque pensándolo bien, sí puede, pues parece que se alimenta de mi miedo, de mis ganas de salir corriendo y huir de su presencia.

Viene con más fuerza esa sensación de que algo sube por mi pierna, se detiene a la altura de mi ombligo. Me molesta, pero no me puedo mover. Es como si el demonio me susurrara que no

haga ruido, y esto en automático me dejara inmóvil. Una de sus garras está en mi boca. Acerca su respiración, pero no lo puedo ver. Se agita, parece que le falta el aire. ¿Está enfermo? De súbito la respiración se hace más enérgica. Escucho en el fondo una voz de una pequeña:

—Eres una niña valiente, eres una niña valiente. Resiste, no llores...

Tengo su respiración en mi cara, parece que se quiere meter en mí a través de mis ojos, como si quisiera respirarme dentro. Se alimenta de mi miedo, de mi terror. Nuevamente, más fuerte, «Eres una niña valiente, eres una niña valiente, eres una niña valiente.» Por sobre las sombras se ven sus garras y me muestran un tercer cuerno, que crece, se asoma conforme el demonio se agita, empiezo a sudar, quiero despertar. Grito, me muerdo el alma, que alguien me ayude, no quiero seguir aquí.

El demonio se calla. Sobresalto. El despertador.

Mayra Escamilla

Nací el 22 de diciembre de 1987 en el sur de la Ciudad de México, región que sigo habitando. Soy egresada de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, donde estudié Lengua y Literaturas Modernas Inglesas. Me he dedicado a la enseñanza del inglés como lengua extranjera desde el 2010.

Soy entusiasta del cuento de géneros especulativos, exploradora de las posibilidades en la ficción y coleccionista de anécdotas. Participé en la antología de ciencia ficción *Del futuro y otros menesteres* de la editorial independiente Vocho Amarillo (2019). Colaboré con dos relatos en la primera temporada del podcast *Voces de Vocho* (2021). En enero de 2022 me uní como co-coordinadora al proyecto Especulativas, en donde también he publicado algunos cuentos.

«Sonrío en la oscuridad» tiene como eje dos miedos: mi mayor fobia y la constante amenaza de la precariedad laboral a la que nos enfrentamos. Si bien el primero lo he ido manejando poco a poco, el segundo parece escapar a mi control.

Redes sociales

Facebook: [@mayraesv](https://www.facebook.com/@mayraesv) e Instagram: [@mayra.escamillav](https://www.instagram.com/@mayra.escamillav)

MAYRA ESCAMILLA

Sonrío en la oscuridad

Desde la esquina superior derecha de la habitación, me observas con esas ocho esferas brillantes y negras como si fueran de obsidiana. Agazapada, me evocas los más terribles pensamientos de muerte y desolación y tus extremidades encogidas parecen jalarme con hilos invisibles a un abismo de oscuridades infinitas de las que no podría salir. Te temo. Siempre te he temido.

De verdad quiero dormir. El trabajo me está matando lentamente, no como tú, que me matarías en un instante. Tengo un sinnúmero de pendientes y hoy que por fin podría descansar más horas, apareces. Te lo repito: hoy quiero dormir y me esfuerzo por ignorarte, pero tu presencia me llena la mente como un río colmado en su cauce. Me gusta pensar que si logro conciliar el sueño, mañana ya te habrás ido. A lo mejor yo no soy para ti. Mi carne no es ni suave ni lozana. Tal vez te vas a acercar a mi rostro y verás las líneas que se empecinan en pronunciarse debajo de mis ojos, en mi frente y a los lados de mi boca; esas líneas que no obedecen a las cremas de los catálogos que voy pagando poco

a poco. Verás cómo la sonrisa se me vuelve siniestra con esos surcos insondables y dirás:

—Puedo encontrar una presa mejor, pobre mujer. ¡Y mañana tiene que trabajar para pagar el alquiler de esta pocilga que es a lo que puede aspirar! ¿Qué no se supone que la gente se jubila a los sesenta?

He parpadeado y se me figura que te has acercado. Te veo un poco más grande. Los pelos grisáceos de tus patas me dan escalofríos. No te convengo. ¿Por qué no vas a ver al joven que renta el cuarto doce? Toca la guitarra en los camiones y canta piezas de Elvis Presley, Chuck Berry, Little Richard y Bob Seger con su voz grave mientras una chamarra de cuero vieja y cuarteada le cubre la espalda cansada de esta vida de miseria. ¿Él no te convence? Lo extrañaría por un tiempo, sobre todo cuando subo a tender la ropa y lo encuentro en la azotea practicando sus canciones.

—Mañana toca Chuck Berry, ¿quiere escuchar, señora Ceci?

Siempre le digo que sí. Él toca y canta con el ímpetu de la juventud que aún guarda esperanzas de algo y yo lo escucho mientras la ropa se me quiere escapar de los dedos e irse con el viento a un lugar mejor. Tarareo una de esas canciones. Me alegra por un rato. *Go, Johnny, go, go! Go, Johnny, go, go! Johnny B. Goode...*

La distracción me sale cara. Te has acercado y veo en tu tórax una mancha semejante a una calavera. Los ojos se me desorbitan. Tiemblo. Mi mente rápida busca alternativas para ti. Podrías ir también al cuarto siete donde un cincuentón viudo llora y se abraza cuando la soledad lo asfixia sin remedio. Piensa que los

sollozos no traspasan estas paredes pero todos sabemos que, a pesar de los años, aún extraña a Carmelita. Con suerte, puede que lo encuentres en la cama con una pierna descubierta por la sábana; una pierna aún fuerte, lisa y morena cubierta en sudores agrios. Estoy segura de que eso te apetecería más.

Al cabo de un rato, empiezo a dormitar y me encuentro en la oficina donde trabajo. Ahí están la escoba y el recogedor que en broma he marcado con mi nombre como si realmente me pertenecieran. Y sin embargo, nada me pertenece. Todo lo que tengo es prestado. Barrer y barrer esa oficina, todos los días, todos los meses, todos los años porque no tengo jubilación y tendré que trabajar hasta el último día de mi vida. Barrer para olvidarme del esposo que nunca volvió del gabacho y del hijo que a la mayoría de edad cruzó para allá también. A veces lloro al recordar, pero no hoy. Estoy cansada.

De pronto, siento un dolor agudo en el cuerpo. Es intenso, es insopportable. Me has mordido. Tus mandíbulas deben ser enormes. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Despierto con una extraña rigidez de los miembros. Estoy envuelta en la tupida tela que me tejiste alrededor. Este capullo de muerte me arropa con una calidez que desconozco. Por entre los hilos, te veo maniobrar mi destino. De tus fauces salen líquidos viscosos que tus patas convierten en seda. Eres horrenda. Me das miedo, me das asco. Vuelvo a cerrar los ojos. Sonrío en la oscuridad. Por fin puedo descansar.

Andrea Madrueño

Andrea Madrueño (CDMX, 1983). Soy licenciada en Psicología, con especialidad en teoría psicoanalítica freudiana y lacaniana. He desempeñado mi quehacer clínico en instituciones y actualmente practico el psicoanálisis en consultorio privado. Me considero lectora compulsiva y tengo especial cariño por el género de terror. A través de distintos espacios de escritura y talleres he trabajado mi proceso de escritura. Algunos de mis textos han sido publicados en antologías y medios digitales como: *Alta Fidelidad, Penumbria Distópica* (2022), *Antología Tejiendo Historias* (2022) y *Antología Metamorfosis (Especulativas, 2022)*.

«Santuario de Luces» es un relato que explora el misticismo que rodea a la figura de las brujas como seres de folclor y horror. Ellas encarnan aspectos de la feminidad que resultan amenazantes por ser complejos e ingobernables como los fenómenos naturales. Aquellas mujeres que brillan y danzan salvajes por el bosque bajo la luna llena, siempre serán consideradas peligrosas. Su magia tiene el estigma de ser sinónimo del mal, pues son portadoras de verdades que muchos preferirían desaparecer.

Redes sociales

Twitter: [@andreamadrueno](https://twitter.com/andreamadrueno) e Instagram: [@andreamadrueno](https://www.instagram.com/andreamadrueno)

ANDREA MADRUEÑO

Santuario de luces

¿A dónde en verdad iremos, que nunca tengamos que morir?

Miccacuicatl, Cantos mortuorios.

En el campo, los ciclos de la naturaleza se perciben precisos. Las repeticiones de la rueda del año nos avisan de los nacimientos, el declinar de la vida y las muertes. ¿Pero, qué sabemos del ritmo de las transformaciones? Aquí el aire se enrarece con la luz de los relámpagos. Cuando la chicharra canta y el día agoniza en tonos malva, sabemos que ha llegado la temporada de lluvias. Con su lenguaje secreto de fulgores y destellos, las tormentas dan la señal para que grandes bolas de fuego, brillantes como luceros, bajen brincando entre los cerros. En el pueblo las observan con recelo y cuando se oculta el sol, encienden hogueras, temerosos de cualquier ser sobrenatural que deambule entre las luminiscencias del bosque nocturno.

Relámpagos, bolas de fuego y hogueras. Esos son los relojes que marcan el inicio del verano en estas tierras. Los mismos que desde hace generaciones eligen en su primera luna roja al menos a una niña de cada generación. Es un llamado remoto, que despierta con la pubertad. Las jóvenes no pueden resistirse y salen de sus casas, vagando como sonámbulas durante la luna llena de los meses de calor. Se les puede distinguir desde la lejanía por la fosforescencia que emana de su piel. Mi tía dice que esa fue la invocación a la que atendieron mi hermana Luciana y mi prima Candela un agosto, en el que ambas se desvanecieron con el plenilunio. El único rastro que dejaron fue un aroma ahumado impregnando los alrededores de la casa. Era una mezcla herbal y terrosa, como de carbón, romero y salvia.

La tía Ligia y yo somos lo único que queda de la familia. Entre las dos trabajamos nuestro terrenito y mantenemos en pie la casa que nos dejó mi abuela. Una década ha transcurrido desde la última vez que vimos a mi hermana y a mi prima. Ni siquiera nos animamos a levantar un acta. Aquí las autoridades no suelen mostrar interés por las adolescentes perdidas. Mi madre nunca se recuperó. La torturaba la incertidumbre de no saber si mi hermana se encontraba entre los vivos o descansando con los muertos. Al paso del tiempo se apagó entre suspiros. De mi padre hacía mucho que no sabíamos nada. Durante una tarde roja y sofocante, se perdió entre los maizales, delirante y balbuceando incoherencias. Lo recuerdo como un espectro triste, consumido por la vida de jornalero y el aguamiel que bebía desde el alba hasta el anochecer.

Aquí se llora a puerta cerrada por las desaparecidas, pero se tiene horror por las aparecidas. Nadie parece reconocer a sus hijas, hermanas y sobrinas en aquellas mujeres de humo y luz que cada año nos visitan. Nosotros encendemos fogatas para atraerlas, con la esperanza de tener alguna señal de Luciana y Candelaria. En cambio, en el poblado ya es costumbre prepararse para las noches lluviosas de luna llena o de eclipse, pues se cree que son fechas propicias para los ataques. Siguiendo el consejo de las abuelas, detrás de las puertas suelen colocarse navajas de piedra y cazuelas con agua en los patios de las casas.

—Póngale el agua y el espejo parado junto al niño —se dice a las madres primerizas—. Hay que colgarles unas tijeras abiertas y unos dientes de ajo debajo de la cuna para protegerlos.

A las merodeadoras se les teme por ser sigilosas como depredadoras. Se dice que son igual de traicioneras que el aire helado que se cuela por el resquicio de las puertas y las ventanas en la madrugada.

* * *

—¿Cómo nos daremos cuenta si se acercan? —le pregunté a la tía Ligia, mientras arrojaba una vara de ocote para avivar las llamas.

Aquella noche, el agua recién había amainado y el frío arrebiaba. Girones de nubes grises rasgaban el cielo negro y la luna pálida alumbraba la milpa, proyectando sombras como dedos alargados arañando los magueyes.

—Por el batir de sus plumas al volar. En ocasiones ellas cambian las piernas por patas y las manos por alas —explicó la tía frotándose las manos, en un vano intento por entrar en calor.

Ciñendo el jorongo de lana contra sus brazos, se afanaba en darle vueltas al café que hervía sobre el fuego. Los vapores de canela y piloncillo escapaban de la olla haciendo espirales. Su calor dulce nos daba un momentáneo sosiego en la soledad del monte.

—¿Es verdad que ellas se alimentan de la sangre de los niños? —inquirí, nerviosa por lo indefensas que nos encontrábamos a la intemperie durante aquella noche sin estrellas.

—Hija, esos son puros cuentos. Los recién nacidos siempre han sido frágiles y las comadres repiten eso de que les chupan la sangre por la mollera para que no descuiden a las criaturas en la noche.

La tía trataba de aparentar serenidad y buen humor, pero su gesto era vigilante. Un crujido nos hizo enmudecer y fijar la mirada en la oscuridad. Entre los maizales se percibía el sonido de pasos cortos y rápidos. En las sombras se movilizaba una figura agazapada sacudiendo la hierba al aproximarse. Primero asomó la cabeza pequeña, clavando el pico con cada pisada sobre la tierra. Despues dejó ver su cuerpo bamboleante, avanzando trémulo, con un rastro de plumas y sangre.

—¡Rápido, llévala hacia la casita! —me indicó mi tía, señalando la covacha al fondo del jardín.

Yo indiqué el camino con el haz de luz de mi linterna y la totola se encaminó en esa dirección. La cabaña era oscura como madriguera. Junto a la pila de leña teníamos un petate cubierto con cobijas, el ave apenas tuvo fuerzas para desplomarse sobre ellas. En la penumbra, fui testigo de la más extraordinaria transformación. Del cráneo pelón brotaron unos mechones largos. La piel roja y azul se desplumó, revelando la carne desnuda surcada

por golpes y magulladuras. Los huesos y articulaciones tronaron hasta romperse. Se hizo larga su figura y apareció una espalda humana. Creí reconocerla, esa maraña de rizos era muy parecida a la de Luciana. Pero la impresión se esfumó casi al instante. Era una desconocida, joven y menuda. Una más de tantas que aparecían en los alrededores y eran recibidas con machetes o palos cuando se acercaban a las casas. Parecía inconsciente, pero su piel aún despedía un tenue resplandor.

Ligia nos alcanzó agitada, cargando un cubo de agua y trapos. Con sus manos fuertes se dispuso a revisar. Pronto descubrió una herida profunda, atravesando el pecho incipiente. La tía solo me miró y negó con la cabeza. Nada podíamos hacer para salvarla.

—Solo podemos acompañarla para que siga su camino —dijo resignada, limpiando con un paño húmedo el sudor y la mugre que cubrían su rostro—. La pobre no deja de temblar. Hay que traer más cobijas y unas veladoras.

Al escuchar esto, salí presurosa a conseguir lo necesario, sabiendo que la muchacha pronto completaría su transición. Pero todo ocurrió tan rápido, que ni siquiera tuvimos tiempo de encender la primera luz para despedirla. Cuando regresé, un suave olor a tizne impregnaba la cabañita y una nube de lamparitas parpadeantes rodeaba a la tía. En el petate solo quedaba una mancha de hollín. Dejamos abierta la puerta para que las lucecitas se elevaran hacia la negrura, libres de dirigirse al bosque de encinos donde el resto de sus hermanas ya danzaban bajo el henó.

Regresé a cuidar el fogón. Aún faltaban algunas horas para el amanecer y más valía seguir en vela. Azuzando las llamas, me pregunté por ellas. Donde aparecía una, era posible que le siguieran más. ¿A qué regresaban las desaparecidas? Aquellas mujeres iridiscentes que retornaban al florecer las campanillas cuando los bichos de la noche se aparean en el santuario de árboles. Algo primordial y salvaje las sustraía de sus vidas, y como insectos fatalmente atraídos por la electricidad, un instinto igual de poderoso las hacía buscar el camino de regreso. Ya no hablan el lenguaje de los humanos sino el de las luces. Pero una mujer que brilla es muy peligrosa, pues son portadoras de verdades que muchos preferirían sepultar varios metros bajo tierra. Con su resplandor provocan terror, porque señalan los sitios donde se encuentran enterradas. Son seres que no mueren. Solo se van transformando. En bruma, en animales o en fuego. Danzando salvajes entre los fantasmas de la niebla del monte. Ellas siempre regresan durante la temporada de brujas y luciérnagas.

Colaboradoras

Ana Laura Corga. Soy politóloga - administradora pública, feminista, escritora y tallerista. Coordino proyectos de sistemas de gestión en gobiernos locales. Cuento con experiencia en la coordinación de proyectos y gestión de equipos de trabajo con perspectiva feminista. Estudio y leo sobre feminismo en grupos de autoconciencia en colectivas autogestivas. He publicado cuentos, poemas y artículos en medios digitales y dirigí la revista digital *Entre letras ciudadanas*. Actualmente co-coordino Especulativas y soy miembro del Comité de Matriarcadia del Imaginarias - Premio Nacional para Mujeres Cuentistas de Ciencia Ficción 2022.

Andrea González Cruz. Estudié la licenciatura en Letras Hispánicas en la UNAM. Realicé mi servicio social en el Fondo de Cultura Económica, en el departamento editorial de Ciencias. Cuento con siete años de experiencia en la redacción de textos para redes sociales, blogs y páginas de internet, tales como *Bodas.com.mx* y *Revista Confines*. Mis actividades como trabajadora freelance también incluyen la corrección y edición de textos,

especialmente de ensayos académicos y de textos de difusión de ciencias sociales. El año pasado, participé como revisora de la antología feminista de cuentos de ciencia ficción, *Nosotras*, publicada por Especulativas.

Con frecuencia reviso textos de creación literaria de otras escritoras y me gusta apoyar en sus procesos. Con ese propósito, estoy trabajando en el desarrollo de un proyecto de asesorías y acompañamiento y atiendo todo tipo de preguntas en mi tienda virtual de consultas de oráculos y tarot ([Ofrenda a las Diosas](#)).

Soy escritora de ciencia ficción, fantasía y horror desde hace más de quince años. Mis primeros cuentos se publicaron en antologías editadas por la UNAM desde el 2009 hasta el 2013 y en la antología *Alebrije de palabras: escritores mexicanos en breve* (BUAP). También publiqué en las revistas *Zarabanda* y *Penumbria*. El año pasado (2021) se publicó mi cuento «Piel de oso» en *Nosotras*, y he seguido practicando y aprendiendo en talleres como el Curso de guión con perspectiva de género (Ellas escriben) y el Curso de dramaturgia (Centro Cultural Xavier Villaurrutia).

Redes sociales

[Medium](#), [Twitter](#) e [Instagram](#): @damadediciembre

Ángeles Sanlópez. Soy historiadora, tallerista, profesora y escritora. He publicado cuentos y relatos en medios digitales. Tengo experiencia en la coordinación de proyectos colaborativos digitales y actualmente co-coordino [Especulativas](#) e [Histórikas](#), espacios en los que organizo círculos de lectura, cursos y talleres.

Daniela Ladancé. Soy dibujante e ilustradora chihuahuense que llegó a Guadalajara para estudiar la Licenciatura en Diseño para la Comunicación Gráfica. Tengo siete años haciendo ilustraciones por encargo y dibujando cosas que me salen del corazón. Actualmente trabajo desde mi casa-estudio como freelancer, entre proyectos personales, comisiones, dos perri asistentes y mucho amor.

Redes Sociales

Instagram: [@Yosyladance](#) y Twitter: [@hola_ladance](#)

David Cruz Galicia. Soy matemático, desarrollador web y escritor de ciencia ficción y fantasía.

Mayra Escamilla. Soy egresada de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, donde estudié Lengua y Literaturas Modernas Inglesas. Me especialicé en la didáctica de la lengua por lo que me he dedicado a la docencia del inglés en instituciones públicas y privadas desde el 2010. El cuento es mi gran pasión. Leo cuentos con frecuencia y los escribo con ahínco. He publicado algunos de ellos en diferentes medios. En enero de 2022 me uní al proyecto Especulativas como co-coordinadora. En este espacio he participado en la organización de círculos de lectura y talleres de escritura para mujeres que buscan acercarse a la literatura de ciencia ficción, fantástica y de terror.

Rosa Lizbeth Solano Hernández. 24 años. Ciudad de México. La literatura siempre ha sido una constante en mi vida por lo que he enfocado mis estudios en el conocimiento de la creación, edición y difusión de los libros. Soy Licenciada de la carrera de Ciencias de la Comunicación con especialidad en Periodismo por la UNAM. Fui editora de los últimos dos números de la revista estudiantil *Afluente*, participé en la creación de la gaceta del Programa Universitario de Bioética de la UNAM y colaboré en la formación y cuidado de la edición de la *Memoria Análisis de la Práctica de Tutoría en la UNAM 2017 y 2018*. En 2020 cursé el taller de Introducción a la gestión editorial en la Casa Universitaria del Libro, y el diplomado de Diseño de Experiencias Editoriales, Creación y Edición de Contenidos Multiplataforma, en la Facultad de Artes y Diseño de la UNAM. En 2021 formé parte del consejo editorial del colectivo Especulativas para la creación de la antología de cuentos de ciencia ficción *Nosotras*. Actualmente colaboro en el medio audiovisual *Ruido en la Red*. Soy lectora y ambientalista de tiempo completo y fiel creyente de que las amigas salvan.

Siniestras. Antología de cuentos de mujeres que incomodan por
Especulativas se terminó de editar en el mes de julio del 2022 en
Ciudad de México, México.

Siniestras: Antología de cuentos de mujeres que incomodan. Dieciséis historias que retratan las inquietudes, temores e imaginarios de sus autoras; que hablan sobre los saberes y conocimientos ancestrales, las infancias, criaturas misteriosas, pesadillas, los miedos en la maternidad, el horror corporal, la sexualidad, la discriminación, los feminicidios, nuestra relación con los animales, la migración y la salud mental. Todas ellas con un común denominador: letras que despiertan en las lectoras esa sensación de extrañamiento, incomodidad, sorpresa y emoción. Leer cada historia es aceptar que se está traspasando a terrenos desconocidos e inquietantes.

En esta obra están reunidas los cuentos de **Ana Gabriela Morales Ríos, Ana Laura Corga, Andrea Madrueño, Andy Ruiz, Ángeles Sanlópez, Belem Eslava, Carmen Macedo Odilón, Claudia Saraí Fernández López, Daniela Caballero, María Azucena Robledo Lara, Mayra Escamilla, Mijal Montelongo Huberman, Olivia Carmona Hernández, Ruth Miraceti Rojas, Sam Torrom y Yuri Bautista.** Mujeres que tienen como lugar de enunciación la Ciudad de México, Michoacán, Puebla, el Estado de México, Yucatán e Italia.



 @EspeculativasMx  @especulativasmx
 /Especulativas

www.especulativas.com